



**José  
Bianco**  
Las ratas

Lectulandia

Leer es uno de los ejercicios más personales de la inteligencia, un banquete íntimo de la imaginación y de la libertad. La virtualidad de la literatura permite saldar injusticias, traspasar los límites de lo establecido o mejorar simbólicamente una circunstancia que el sentido común ha declarado irreversible.

Leer literatura argentina supone, además, redescubrir la inmediatez de una lengua y una cultura propias, entablar una conversación capaz de hacernos más lúcidos, entrenarnos para comprender y discutir una realidad en toda su riqueza y en su desafiante complejidad.

*Las ratas* (1943) de José Bianco es un ejemplo único de esa diversidad. En la concisa perfección de su escritura, en la desasosegada historia de una familia culta de clase media, se esconde un drama que condensa múltiples claves de la sociedad argentina.

**Lectulandia**

José Bianco

# **Las ratas**

ePub r1.0  
helike 21.10.14

Título original: *Las ratas*  
José Bianco, 1943

Editor digital: helike  
Escaneo y OCR: jbarbikane  
Corrección: Cipac  
ePub base r1.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## PRÓLOGO

Referida en pocas palabras, esta novela de ingenioso argumento corre el albur de parecer un ejemplo más de esas ficciones policiales (*The murder of Roger Ackroyd*, *The second shot*, *Hombre de la esquina rosada*) cuyo narrador, luego de enumerar las circunstancias de un misterioso crimen, declara o insinúa en la última página que el criminal es él. Esta novela excede los límites de ese uniforme género; no ha sido elaborada por el autor para obtener una módica sorpresa final; su tema es la prehistoria de un crimen, las delicadas circunstancias graduales que paran en la muerte de un hombre. En las novelas policiales lo fundamental es el crimen, lo secundario la motivación psicológica; en ésta, el carácter de Heredia es lo primordial; lo subalterno, lo formal, el envenenamiento de Julio. (Algo parecido ocurre en las obras de Henry James: los caracteres son complejos; los hechos, melodramáticos e increíbles; ello se debe a que los hechos, para el autor, son hipérbolos o énfasis cuyo fin es definir los caracteres. Así, en aquel relato que se titula *The death of the lion*, el fallecimiento del héroe y la pérdida insensata del manuscrito no son más que metáforas que declaran el desdén y la soledad. La acción resulta, en cierto modo, simbólica). Dos admirables dificultades de James descubro en esta novela. Una, la estricta adecuación de la historia al carácter del narrador; otra, la rica y voluntaria ambigüedad. La repetida negligencia de la primera es, verbigracia, el defecto más inexplicable y más grave de nuestro *Don Segundo Sombra*; básteme recordar, en las veneradas páginas iniciales, a ese chico de la provincia de Buenos Aires, que prefiere no repetir «las chuscadas de uso», a quien la pesca le parece «un gesto superfluo» y que reprueba, con indignación de urbanista, «las cuarenta manzanas del pueblo, sus casas chatas, divididas monótonamente por calles trazadas a escuadra, siempre paralelas o perpendiculares entre sí...». En lo que se refiere a la ambigüedad, quiero explicar que no se trata de la mera vaguedad de los simbolistas, cuyas imprecisiones, a fuerza de eludir un significado, pueden significar cualquier cosa. Se trata —en James y en Bianco— de la premeditada omisión de una parte de la novela, omisión que permite que la interpretemos de una manera o de otra: ambas contempladas por el autor, ambas definidas.

Todo, en *Las ratas*, ha sido trabajado en función del múltiple argumento. Es de los pocos libros argentinos que recuerdan que hay un lector: un hombre silencioso cuya atención conviene retener, cuyas previsiones hay que frustrar, delicadamente, cuyas reacciones hay que gobernar y que presentir, cuya amistad es necesaria, cuya complicidad es preciosa. «Necesito pensar en un lector, en un hipotético lector, que se interese en los hechos que voy a referir» leo en el segundo capítulo. ¿Cuántos escritores de nuestro tiempo sospechan esa necesidad? ¿Cuántos, en vez de interesar al lector, no se proponen abrumarlo e intimidarlo?

El estilo manejado por Bianco para referir su trágica fábula es engañosamente tranquilo, hábilmente simple. Lo rige una continua ironía, que puede confundirse con la inocencia. En el dramático decurso de la novela, el narrador no se inmuta una sola vez. Elude los epítetos estimativos y las alarmadas interjecciones. No usurpa la función del lector; deja a su cargo el eventual horror y el escándalo. (Que yo recuerde, sólo en este párrafo que atribuye a un profesor francés, la ironía es enfática: «Bajo cierto aspecto y en cierta medida, los experimentos bioquímicos que ha hecho Julio Heredia, el joven sabio argentino, para demostrar la influencia del aluminio en las enfermedades de los huesos y del intestino, no carecen, quizá, de una relativa importancia»).

Ha primado hasta ahora en la formación de las novelas argentinas el influjo de la literatura francesa; en este libro (como en *La invención de Morel*, de Adolfo Bioy Casares) prima el influjo de las literaturas de idioma inglés: un rigor más severo en la construcción, una prosa menos decorativa pero más pudorosa y más límpida.

Tres géneros agotan la novela argentina contemporánea. Los héroes del primero no ignoran que a la una se almuerza, que a las cinco y media se toma el té, que a las nueve se come, que el adulterio puede ser vespertino, que la orografía de Córdoba no carece de toda relación con los veraneos, que de noche se duerme, que para trasladarse de un punto a otro hay diversos vehículos, que es dable conversar por teléfono, que en Palermo hay árboles y un estanque; el buen manejo de esa erudición les permite durar cuatrocientas páginas. (Esas novelas, que nada tienen que ver con los problemas de la atención, de la imaginación y de la memoria, se llaman —nunca sabré por qué— *psicológicas*). El segundo género no difiere muchísimo del primero, salvo que el escenario es rural, que las diversas tareas de la ganadería agotan el argumento y que sus redactores son incapaces de omitir el pelo de los caballos, las piezas de un apero, la sastrería minuciosa de un poncho y los primores arquitectónicos de un corral. (Este segundo género es considerado patriótico). El tercer género goza de la predilección de los jóvenes: niega el principio de identidad, venera las mayúsculas, confunde el porvenir y el pasado, el sueño y la vigilia; no está destinado a la lectura, sino a satisfacer, tenebrosamente, las vanidades del autor...<sup>[1]</sup> Obras como esta de José Bianco, premeditada, interesante, legible, —insisto en esas básicas virtudes, porque son infrecuentes— prefiguran tal vez una renovación de la novelística del país, tan abatida por el melancólico influjo, por la mera verosimilitud sin invención, de los Payró y los Gálvez.

JORGE LUIS BORGES

## I

Nuestra casa estaba menos silenciosa que de costumbre. Algunos amigos de la familia nos visitaban todas las tardes. Mi madre se mostraba muy locuaz con ellos, y las visitas, al salir, debían de creerla un poco frívola. O pensarían: «Se ve que Julio no era su hijo».

Julio se había suicidado.

Desde mi cuarto escuchaba la voz de mi madre mezclada a tantas voces extrañas. En ocasiones, cuando yo bajaba a saludar, las visitas manifestaban estupor ante ciertos hechos no precisamente insólitos: que pudiese estrecharles la mano, responder a sus preguntas, ir al colegio, estudiar música, tener catorce años. «Ya es casi un hombre», decían los amigos de mis padres. «¡Qué grande está, qué desenvuelto! ¡Qué consuelo para el pobre Heredia!». No bien aludían a la muerte de Julio y a punto de repetir, después de esta frase, algunos sensatos lugares comunes sobre la caducidad de las cosas humanas y los designios inescrutables de la Providencia, que arrebatada de nuestro lado a quienes con mayor éxito hubieran soportado la vida, esa terrible prueba, Isabel hablaba de temas ajenos al asunto, contestando con sonrisas inocentes a las miradas de turbación que provocaba su incoherencia.

Por la noche comíamos los cuatro en silencio, mis padres, Isabel y yo. Después de comer, yo acompañaba a Isabel hasta su casa. En la calle oscura, bajo el follaje indeciso de los árboles, hacía esfuerzos para adecuar mi paso al de ella, y por momentos, aguzando el oído, distinguía el ruido apenas perceptible del bastón con el cual se ayudaba para caminar. A veces, sin soltarme del brazo, Isabel se detenía bruscamente y frotaba la contera de su bastón en las manchas frescas de algún plátano, que mudaba de corteza. Eran caminatas bastante tediosas. Una noche le rogué a Isabel que intercediera ante mis padres para que no me mandaran al colegio (los cursos empezaban en el mes de abril) porque quería quedarme en casa a estudiar el piano. Otra noche, Isabel se refirió conmigo a la muerte de Julio —por primera y única vez. El hecho en sí, más que entristecerla, parecía suscitar su desconfianza, su aversión. «Es un acto que no lo representa», balbuceaba, como si Julio, al terminar voluntariamente sus días, se hubiera arrogado un privilegio inmerecido. ¿Qué había querido demostrar con matarse? ¿Que era sensible, escrupuloso, capaz de pasiones profundas? ¿Que ella estuvo siempre equivocada? Ahora, mientras escribo estas páginas y recuerdo sus palabras de esa noche, la evoco a ella —y también a Julio. Los veo formar una especie de Pietá monstruosa, y a Isabel, malhumorada, perpleja, sin saber qué hacerse del cadáver del sobrino que le han colocado en el regazo, vacilando entre arrojarlo lejos de sí o abjurar de sus convicciones.

Llegábamos a la puerta de su casa. Era una casa de altos, lóbrega, en la calle Juncal. Yo estaba deseando irme.

—Sí, es preferible que vuelvas —me dijo Isabel—. No quiero complicaciones con tu madre.

Me besó en la frente; agregó:

—Tu madre es una mujer extraordinaria. Debes ser afectuoso con ella, ayudarla en todo lo que puedas.

Por entonces no me gustaba oír hablar de mi madre. En una ocasión, al sorprenderla a solas después de la muerte de Julio, la encontré tan abrumada y deshecha, con esa expresión de falsa dulzura que la tristeza pone en los rostros, que no pude hacer un gesto o articular una palabra de consuelo. Ya se habían ido las visitas. Mi madre, que no necesitaba observar una cortesía minuciosa, explícita, se restituía a su dolor, entraba en la normalidad. Y yo ajustaba mi conducta a la actitud de mi madre, trataba de «ser afectuoso con ella» facilitando su juego, apartándome de su camino, dirigiéndole estrictamente la palabra, con el cuidado de un actor que se esfuerza en no turbar la armonía del espectáculo y se limita a dar la réplica en el momento convenido. En ese drama de familia, me imaginaba a mí mismo como un personaje secundario a quien le han confiado funciones de director escénico. Creía ser el único en conocer realmente la pieza. Estaba en posesión de muchas circunstancias más o menos pequeñas, y de algún hecho, no tan pequeño, quizá decisivo, cuya importancia escapaba a los demás.

## II

Estas páginas serán siempre inéditas. Sin embargo, para escribirlas necesito pensar en un lector, en un hipotético lector, que se interese en los hechos que voy a relatar. Necesito tomar las cosas desde el principio.

Me llamo Delfín Heredia. En mí, como en todos los hombres, se acumulan tendencias heredadas. Por eso, al hacer en este capítulo una historia sucinta de mi familia, hablaré de otros Heredia que han nacido o muerto antes que yo, pero que aún subsisten en mí, puede decirse, bajo su forma más negativa. Hablaré de sus defectos, de mis defectos. Será una manera de condenar la raza para salvar al individuo, de librarme de unos y otros a la vez, de hacerlos morir —irrevocablemente.

El primer Heredia que llegó a la Argentina había nacido en España y era portero de San Francisco. Se sabe que el canónigo Agüero mantuvo estrechas relaciones con la Tercera Orden. Durante la tiranía se refugió en el convento, antes de huir a Montevideo, y a la caída de Rosas, cuando lo nombraron rector del colegio nacional, es posible que los franciscanos influyeran en él para que le otorgase al hijo del portero un asiento gratis en las aulas de la calle Bolívar y, más tarde, una beca en el colegio Pío Latino Americano (que los jesuitas habían fundado en Roma) donde estudiaban los jóvenes de arraigada vocación. Después de terminar el noviciado, y antes de ordenarse, los dotaban de medios suficientes para conocer el mundo. Delfín Heredia recibió, pues, esa doble cultura que importa la enseñanza jesuítica (gracias a la cual ha perdurado el humanismo en el siglo XIX) y el contacto con las ciudades europeas; mas esta esperanza del clero argentino sintió escrúpulos en la undécima hora, y regresó a su país sin haberse ordenado sacerdote.

Los franciscanos no tomaron a mal su defección. Con su ayuda, Delfín Heredia ingresó en la Facultad de Derecho, se casó, tuvo dos hijos (Isabel y mi padre) y fue siempre un buen amigo de la gente de Iglesia —especialmente de los franciscanos, sus antiguos protectores, y de los dominicos. Muchos hábitos pardos y capas negras desfilaron el día de su muerte por la casa de la calle Juncal, ante las copias de cuadros famosos que atestaban las paredes. Sin embargo, y quiero subrayar este detalle, Delfín Heredia era esencialmente un patriota, un argentino liberal, un discípulo del padre Agüero y, a través de Agüero, de Rivadavia. En los últimos años, la Suprema Corte le había permitido el *otium cum dignitate*: durante esa época se atribuyen a su pluma algunos de los sueltos anónimos más eficaces apoyando las iniciativas anticlericales de los gobiernos de Roca y Juárez Celman (los recursos de fuerza, la escuela laica, la ley de matrimonio civil) y poniendo en ridículo los ataques de que eran objeto en la prensa religiosa. Otra anécdota: antes de morir, cuando le

administraban los santos óleos, Isabel tuvo que alisarle las mangas del camión, que se le habían arrugado, para que no le vieran las insignias masónicas tatuadas en los antebrazos.

Mi abuelo dejó muchas deudas. La casa de la calle Juncal era de su hija mayor, Isabel, ya por entonces viuda de un comerciante llamado Urdániz. El hijo menor, Antonio, después de recibirse de abogado se había marchado a Europa, donde estudiaba pintura. Isabel lo instaba a regresar; consiguió, en efecto, que volviera de Francia con un baúl lleno de lienzos, cuyo mérito, si se exceptúa un autorretrato, sólo pudieron apreciar las paredes de un altillo de mi casa (porque allí quedaron siempre, colgados del revés). En Buenos Aires, siguiendo los consejos de su hermana, se casó (yo nací de ese matrimonio) y obtuvo un puesto de fiscal del crimen. Agregaré que Antonio Heredia, al volver de Europa, trajo consigo a un hijo natural. Julio tenía diez años cuando se casó mi padre.

Estas circunstancias permitirán comprender la influencia que Isabel ha ejercido en mi familia. La imagen de Isabel no es fácil de evocar. Para dar una idea de su físico necesito describir su carácter, porque si bien el rostro de las personas que conocemos está formado de expresiones sucesivas que modifican los rasgos en donde por un instante se hospedan y los convierten en vehículos de algo que está detrás de ellos, haciéndolos invisibles en razón de la misma intensidad con que se los mira, hasta que ya no percibimos el brillo de unos ojos, la curva de una nariz, el rictus de una boca, sino candor, amargura, maldad, sensualidad, inteligencia, en Isabel aparecían reducidos al extremo estos soportes materiales que nos alientan a reconstruir trabajosamente una fisonomía en la memoria. Sus ojos vigilaban desde el fondo de las órbitas, cernidas de venas azules, sobre las cuales se daba polvos de arroz; debían de ser claros, como los ojos de Julio: parecían oscuros. Es decir, los ojos eran claros, y la mirada, muy intensa, casi negra, contribuía a empalidecer un rostro de fantasma. Este fantasma le dio más de un sobresalto a su marido. El señor Urdániz, hasta el día en que murió, trató de no interponerse jamás en sus venerables correrías. No es extraño, porque en Isabel había ese natural imperio que inhibe a las personas, esa fuerza de convicción que prescinde de los hechos y las palabras. A veces, cuando se resistía intrépidamente al buen sentido, yo quedaba avergonzado de no haber sabido penetrar sus argumentos o encontrarlos falaces o superficiales. Isabel tenía siempre razón, cualesquiera que fuesen sus razones, estaba siempre en lo justo, en el fiel de la balanza, no en vano era una Heredia, y la hija de un hombre que llegó a presidir — por diecinueve días— el Tribunal Supremo. En casa de Isabel estaba el árbol genealógico de nuestra familia: cerca de la base se veía el escudo, sostenido por un Hércules. La estirpe de los Heredia, después de cubrir victoriosamente la península española, originaba descubridores y conquistadores en América; un gajo de la rama

cubana, de vuelta a Europa, atravesaba los Pirineos: en él figuraba José María de Heredia; en la rama argentina, mi abuelo. Una vez yo aludí al árbol genealógico, «Tu abuelo era hijo del portero de San Francisco» me contestaron. Era verdad, pero nada podían las palabras de mi madre contra la nueva verdad que había surgido del mundo de Isabel, ese mundo afirmativo, temerario, allegado a la magia, donde las cosas parecían auténticas por el solo hecho de hallarse en él incluidas. Con los años he debido resignarme a que *Los borrachos* o *La muerte de Adonis* estuvieran en el Museo del Prado o en la Galería de los Oficios, y no en casa de Isabel, pero confieso haber destruido esas copias empecinadas e infieles (nadie las quiso comprar) con el orgullo de un hombre que se libera de los bienes materiales y hace del abandono de las riquezas su incalculable riqueza.

Isabel dejó muchas cartas y cuadernos —que abundan en reflexiones morales y párrafos copiados de sus lecturas. Tenía, quizá, algunas dotes de escritor (de escritor de segundo orden) y un diletantismo intelectual que la inducía a prestar momentáneamente su entusiasmo a proposiciones contradictorias. Por ejemplo, entre sus papeles, en un legajo donde ha puesto de su puño y letra *Hyacinthe Loyson*, encuentro el borrador de una carta muy laboriosa que le escribe al padre Jacinto.<sup>[2]</sup> «No puedo admitir que su matrimonio sea cristiano —le dice Isabel al eminente apóstata—. Sólo hay matrimonio cristiano, a imagen del que vincula a Cristo con su Iglesia, cuando el hombre o la mujer no se han comprometido ante Dios por un voto solemne a no contraerlo. Usted se había comprometido, estimado amigo, y después ha traicionado su voto, ha caído en los más funestos errores de Lutero. ¡Ah, qué tristeza! La iglesia católica prescribe el celibato de sus ministros fundándose en razones tan sabias, tan indiscutibles», etcétera. En el legajo, a continuación de la carta, encuentro un recibo de la casa Coni, de la misma fecha, e infiero que Isabel pagó la nueva edición de un librito titulado *Observaciones sobre el inconveniente del celibato de los clérigos* (Buenos Aires, 1890), impreso por primera vez en Londres y consignado a nombre de doña Melchora Sarratea, que las autoridades eclesiásticas de 1816 no dejaron introducir en el país. ¿No es curioso que cada idea suscitara en Isabel una reivindicación simultánea de la idea opuesta, y que rindiera homenaje —por secreto que fuese, como en este caso— al mismo principio que parecía desechar? Pero así se explica que impusiera su opinión una mujer en cierto sentido tan ecuánime, pues llevaba la independencia de criterio al extremo de no compartir, en el fondo, sus propias opiniones.<sup>[3]</sup> Sin embargo, yo no le hacía justicia cuando era chico y me tocaba acompañarla hasta su casa. Isabel, que padecía de insomnio por aquella época, recibía a cualquier hora de la noche: la puerta de calle quedaba entreabierta, la escalera iluminada; un portero, apostado en la cancel, ejercitaba su profesional inactividad. Había unos cuantos viejos noctámbulos, antiguos amigos del señor Urdániz, que pasaban a visitarla después de terminar sus partidas en el club. Este

homenaje póstumo a Urdániz, en la persona de sus amigos, tenía la virtud de asombrar a mi madre. Muchas veces le he oído decir: «Pensar que nunca se ocupó del pobre señor cuando vivía, a no ser para mortificarlo». Después, como dándose a sí misma la explicación, agregaba con suavidad: «Es el fruto del remordimiento».

Mi madre quedó huérfana muy joven. Estaba interna en un colegio de monjas cuando Isabel la llevó a vivir consigo. Transcurrieron varios años. De pronto, Isabel empezó a contemplar un posible regreso de su hermano a Buenos Aires. Antonio, como todos los Heredia, tenía un don plástico nada común. Esas copias que había en su casa (se necesitaba conocer mucha pintura para distinguirlas de los originales) las había hecho Delfín Heredia en su juventud. Antonio había heredado el temperamento artístico de la familia. Pintaba, como hubiera podido escribir o componer música. Tenía condiciones, muchas condiciones. Ahí estaba el quid, precisamente: por eso no llegaría a ser un verdadero pintor. En sus cuadros intentaba decirlo todo: cuando un artista intenta decirlo todo, acaba muy a menudo por omitir lo fundamental; no toma partido, corre el peligro de diluirse, de perderse. A su hermano le faltaban límites. Le faltaba, asimismo, esa candorosa estupidez que permite realizar una obra de arte después de concebirla. Era demasiado inteligente. Ella no quería significar que los artistas fuesen obligatoriamente estúpidos. Pero confundir afición con vocación, jugarse el porvenir a una sola carta, y a una carta mediocre... Menos mal que su hermano podía volver al país, trabajar. Ella le prestaría siempre su apoyo.

—Antes que Antonio llegase a Buenos Aires, yo estaba segura que habría de casarme con él.

Mi madre me dice estas palabras. Ahora, después de tantos años, aprovecho los raros momentos de intimidad que tengo con ella para hacerle preguntas sobre el pasado. Mi curiosidad la complace. Yo insisto:

—Debió serte penoso unirme a un hombre que apenas conocías.

—En que era penoso descubrír mi deber. Quizá esta certeza me la inculcaron las monjas. Además, yo tomé el partido de Julio. En eso, tu padre se mantuvo firme. Volvió de Francia, es cierto, pero trajo a su hijo. En los primeros tiempos de casados, tu padre y yo seguimos viviendo con Isabel. A Julio lo internaron en un colegio de Ramos Mejía, lo más lejos posible de nosotros. Entre semana, cuando yo iba a visitarlo, lo sorprendía en los recreos completamente solo. Todavía no hablaba bien español, ni siquiera podía decir su propio nombre. Yo le enseñé a pronunciar la jota. Quería que lo llamaran Julio, como si fuera argentino. Los domingos, después del almuerzo, íbamos al Casino. Ocupábamos siempre los primeros asientos. El prestidigitador le sacaba a Julio palomas de la oreja o ristras de barajas. Éramos

felices.

—A mí nunca me llevaste al circo.

—¡Pobre Julio! —continúa mi madre—. Sé que ustedes no se parecían. Julio tenía otros ojos, otra voz, otras aficiones. ¿Hay algo más distinto de un hombre de ciencia que un artista? Entre la biología y la música ¿existe alguna relación? Sin embargo yo las relaciono, y tu piano, por ejemplo, ese piano en que estudias con tanto encarnizamiento, a veces, sin saber por qué, me trae a la memoria la imagen de sus ratas. El parecido no es físico, no es intelectual. Coinciden en algo más profundo: en el carácter.

Yo alego que mi carácter no se parece al de Julio.

—A Julio se le pudo creer egoísta —contesta mi madre— pero era abnegado, sensible, no soportaba el dolor ajeno. Aún ahora, para hacer su elogio, estoy pensando en tus cualidades... Cuando Julio murió, me sentía culpable de su muerte. En nuestra última entrevista le dije cosas malignas, y estúpidas, inexactas. Le dije que era idéntico a Isabel.

—Déjala en paz, pobre Isabel.

Mi madre no hace caso de la interrupción:

—Después que Julio murió, me sentía culpable, sola. Por entonces Isabel me preguntó si no me molestaría que tocases nuevamente el piano. Me dijo que trabajabas en casa de Claudio Núñez, pero habías conversado con ella: ambos, de común acuerdo, habían decidido que abandonarás tus otros estudios para dedicarte a la música. Le contesté que el ruido del piano no me molestaba. Era falso; en seguida que le dije estas palabras, empecé a escuchar el silencio del piano. Por la noche, recordando las obras que tocabas entonces, me atormentaba la idea de volver a oírlas. Pero al día siguiente llegó el sonido del piano, menos agresivo de lo que yo esperaba. Tocabas ejercicios, escalas, arpeggios. Y había, en el llamado del piano, un deseo manifiesto de confortarme. Tuve la sensación de que te dirigías a mí, que me decías algo muy íntimo de la única manera en que podías decírmelo. Empecé a observarte con más atención, a reparar en ese parecido con Julio de que te hablaba. Empecé a sentirme menos sola.

Mi madre se ha ido exaltando poco a poco. La encuentro envejecida, gastada. Pienso que tiene la presión arterial muy alta, pienso en su salud. Además, ha pasado mucho tiempo. Sus palabras, que en otra época me hubieran hecho feliz, llegan demasiado tarde. Mi madre insiste en que estos recuerdos han perdido sobre ella todo poder nocivo, quiere seguir hablando. Pero yo la obligo a callar.

### III

La mujer que descubría un consuelo en mis tediosos ejercicios musicales se ha convertido, por obra de los años, en esta anciana de cabellos grises, encorvada y feliz. Ahora, en la ternura que siento por mi madre entra una buena dosis de piedad; tanta o más piedad que en esos tiempos ya lejanos, cuando el dolor, al comunicarle cierta espléndida rigidez, parecía avivar en su semblante el último brillo de la juventud. Pienso en la muerte de Julio. Es verdad que Julio, antes de morir, era también la única persona que sacaba a mi madre de su indiferencia.

Vivíamos en una casa de Isabel, en la calle Tucumán. Me complace recordar su frente, con pesadas molduras entre ventana y ventana; los cuartos interiores del piso alto: desde allí se distinguía el gomero del palacio Miró, los ceibos de la plaza Lavalle, y en primer término, bajando los ojos, las rosas, las tumbergias, los laureles de un pequeño jardín. Isabel hizo pintar de blanco los cielos rasos de la casa, sustituir las chimeneas inglesas con otras de fogón profundo, donde podía quemarse leña, y levantar un cuerpo de habitaciones detrás del jardín: el departamento de Julio. Muchas reformas quedaron terminadas cuando ya vivíamos en la calle Tucumán. De pronto, al escribir estas líneas, recuerdo el ir y venir de mi madre, mezclándose a los obreros, empeñada inútilmente en salvar algunas plantas. La pobre mujer miraba con tristeza su jardín reducido de tamaño.

Ah, no puedo hablar fríamente de la casa en que vivíamos. Gravita sobre mí como un personaje de esta historia, no menos esquivo que los otros, y se sustrae a cualquier tentativa de objetivación. Para evocarla necesito escurrirme en ella hasta llegar a sus puntos vulnerables, hasta esos lugares de la casa que menos defensas pueden oponer a mi recuerdo; en cierto sentido me pertenecen: la galería del piso alto, por ejemplo, con sus maderas resacas y carcomidas por el sol; cerca del techo, sobre las ventanas que se abren al jardín, tiene una guarda de rombos azules y grises. Muchas tardes, desde la galería, escuchaba a mi madre hablar con el jardinero; después oía los pasos de Julio, que llegaba de la calle. Entonces, inclinándome un poco tras esa perfumada maraña de jazmines, lo veía avanzar, unirse a ellos. Julio le preguntaba al jardinero por el resultado de una mezcla nueva que preparó para sulfatar los rosales; mi madre consultaba a Julio sobre sus plantas; ese año, el taco de la reina no daba flores amarillas o purpúreas sino anaranjadas, con estrías rojas. ¿Qué opinaba Julio de dos frutales de adorno, ciruelos o cerezos de doble flor, contra el fondo oscuro de la hiedra? ¿Tendrían espacio suficiente para crecer? Después se iba el jardinero; quedaban mi madre y Julio, sentados en un banco. En el interior de la casa se prendían algunas luces que atravesaban el césped con resplandores amarillos. Ellos continuaban hablando. No sé decir de qué hablaban, no podría, tampoco. Cambiaban palabras banales, efímeras, y por eso mismo preciosas, irrecuperables. Las menudas

circunstancias del día bastaban para alimentar un diálogo del cual me sentía excluido y que perdura en mí, sobre todo, por el matiz afectuoso de las voces. Los rombos azules y grises de la galería, el perfume de los jazmines, han compartido conmigo esas tardes innumerables, fugaces, en que permanecía de pie, con la mirada fija en los mosaicos y el oído en acecho, hasta que mi madre entraba en la casa y Julio subía a su laboratorio.

Por las mañanas Julio trabajaba en su laboratorio; por las tardes, en un instituto de investigaciones bioquímicas. No era fácil verlo, a no ser durante las comidas. Sin embargo me atrevo a decir que yo lo veía todas las tardes, mientras tocaba el piano. Porque hay otro sitio de la casa que también me pertenece: es el vestíbulo. La luz que llega del cielo atraviesa la claraboya, cae a plomo en las partituras, abiertas sobre el atril del piano, e ilumina un cuadro al óleo, detrás del piano. Es un autorretrato de mi padre, lo sé, lo he sabido siempre, pero no se parece a mi padre. El personaje del cuadro, sentado en una silla blanca, lleva sobre la cabeza un sombrero de paja echado hacia atrás y sostiene en las manos, apoyadas en el bastón, un par de guantes. Al fondo se ven unas hojas verdes, una pared. El cuadro está apenas manchado (la tela rugosa imita la pared, la silla, los guantes) y la pintura sólo adquiere un leve empastamiento al llegar a la cara tensa y bruñida del modelo que no es sino Julio —el único hombre joven de la casa. Un mechón de pelo rubio le cae sobre la frente y los ojos se destacan dorados, muy risueños, entre una confusión de pestañas y cejas parduscas.

¿Cómo ha ido a parar al vestíbulo ese autorretrato que mi padre pintó treinta años antes, cuando tendría, aproximadamente, la edad de Julio?

## IV

No me parece oportuno hablar de mis éxitos en este relato. Contaré, sin embargo, que a los trece años me presenté a examinarme en un conservatorio de música, del cual no era alumno regular, y obtuve un primer premio y un diploma. Isabel, para celebrar mi triunfo, me regaló un Érard de concierto. La recuerdo observando con los ojos entornados, en un vago gesto de prósbita, el efecto que hacía en el vestíbulo esa larga superficie de caoba. Sube al desván, escoge un cuadro entre los muchos que había y lo hace colocar detrás del piano. Durante esa época yo trabajaba en la *Sonata* de Liszt. Había emprendido su estudio cediendo a las instancias de mi profesor, y por una de esas puerilidades que no sabemos cómo ni en qué momento han nacido en nuestro espíritu, asociaba esta obra al plano que acababan de obsequiarme y en cierto sentido a todo mi porvenir artístico. Con gran extrañeza de Isabel, había resuelto no abrir el piano nuevo hasta no tocar en él, de manera impecable, la *Sonata* de Liszt. Era una obra superior a mis fuerzas. Yo analizaba sus dificultades, desarticulando los pasajes más arduos, que repetía hasta el cansancio; aisladamente lograba tocarlos con limpieza, pero cuando quería ensamblarlos con los otros tenía que disminuir la velocidad o escuchar, pálido de rabia, a un intérprete efectista que arrancaba del teclado acordes turbios y hacía falso sobre falso.

—Toma el allegro al movimiento debido y no te ocupes de los falsos —me decía Claudio Núñez, el profesor, en cuya charla persuasiva el francés hacía irrupción de vez en cuando. Sus argumentos eran tan especiosos que parecía burlarse de mí—. ¿Qué importancia tienen los falsos? —continuaba—. Elle a quand même du chic, ta façon de trébucher. Has aprendido a equivocarte, ya eres un verdadero pianista. Eso es todo.

Claudio Núñez había vivido muchos años en Europa, donde fue maestro de algunos concertistas famosos. Durante la guerra del 14 hizo un viaje a Buenos Aires y trajo, entre otras recomendaciones, una carta para Isabel. Isabel me propuso que tomara algunas lecciones con Núñez. Le dijimos a Mlle. Lenoir, mi antigua profesora, que yo pensaba descansar dos meses, y Mlle. Lenoir contribuyó, sin darse cuenta, a que adoptara definitivamente a mi nuevo profesor. Cuando volvió a casa, transcurridos los dos meses, quedó asombrada de mis progresos:

—Delfín —me dijo—, hoy ha tocado usted mejor que nunca. El descanso le ha hecho a usted un bien enorme.

—No es el descanso —exclamó Isabel que presenciaba la escena—. Es Claudio Núñez, un buen profesor.

Mlle. Lenoir me quería mucho; buscó una respuesta, no la encontró. De improviso se fue de la sala. En vano quise detenerla: la vi correr por el jardín, sollozando, hablando sola.

No volvió nunca más.

—Con esa imbécil —me dijo Isabel por todo comentario— estabas perdiendo lastimosamente el tiempo.

Claudio Núñez había advertido el lado defectuoso de mi ejecución. Como primera medida, me obligó a tocar con el cuerpo suelto, enseñándome esa articulación del codo y el hombro que exigen del brazo una gimnasia que yo, hasta entonces, reservaba a la muñeca y a la mano. De esa manera conseguía imprimir al cuarto y quinto dedos igual intensidad que a los otros. Cuando fraseaba, Núñez me hacía ejercer sobre todos los dedos una presión constante para no perder ningún acento de la melodía. Debo añadir que las lecciones se desarrollaban en una atmósfera de optimismo casi frenético, porque yo aprendía con extrema rapidez todas las recetas de Núñez; de las dificultades, sólo subsistía el placer experimentado en vencerlas. Al poco tiempo yo mismo quedaba deslumbrado por la pureza que lograba obtener en las escalas, la sonoridad en los fortísimos, la simultaneidad en el juego polifónico de notas dobles. Y pensar que resultados tan exquisitos, tan inmateriales, se debían a pequeños trucos relativamente fáciles de aprender, como la vuelta completa de la mano en los arpeggios, o el ataque desde cerca en los fortísimos, transmitiendo a los acordes, por intermedio de los hombros, el peso de la parte superior del cuerpo, o el paso del pulgar al índice en las series de terceras. Núñez repetía siempre que había que entrar de lleno en la música y adquirir técnica en la obra misma, ya fuese de Bach o de Chopin, de Beethoven o de Liszt. Poco a poco abandoné la ingrata escuela de Isidoro Philipp, de quien fue discípula Mlle. Lenoir, que «para estar en dedos» recomienda ejercicios antimusicales y fatigosos: había adquirido ese mecanismo que consiste en una adecuación inteligente de los músculos y tendones del brazo y de la mano y que nos permite retener nuestra técnica aunque pasemos varias semanas sin tocar. Se lo debo a un hombre autoritario, flaco, de labios inquietos y mirada recelosa. Al mencionarlo en este capítulo, quiero hacerle constar mi gratitud. Han pasado los años, pero nada hay en él que no recuerde con simpatía. Hasta su versatilidad, su obsecuencia, su falta de escrúpulos; hasta su mal aliento, que por entonces no me hacía demasiada gracia, ya que en sus raptos de fervor, para retribuirme el placer que le causaban mis progresos, tenía la costumbre de oprimirme entre sus brazos y besarme en las mejillas.

Vuelvo a la *Sonata* de Liszt. Pocas obras me han exigido más trabajo. Había llegado a deprimirme, a desconfiar de mis medios, a perder la memoria, mi excelente memoria musical. A veces me sucedían cosas tan inverosímiles como quedar encajado en una tonalidad, prisionero de ella para siempre. Buscaba desesperadamente la modulación, pero no podía pasar del re al si y en el tercer tiempo, al terminar el piú mosso, me encontraba repitiendo el alegre enérgico de la primera parte. Era como si la sonata me hubiera echado un maleficio. Me levantaba

del piano.

Núñez se colocaba a cierta distancia y tenía por norma interrumpir la ejecución integral de la lección. Yo le decía, tembloroso, mientras daba una vuelta por la sala:

—Ya ve usted las cosas que me suceden. Es inútil.

Núñez, sonriendo, ensayaba explicaciones psicoanalíticas que tenían la virtud de enfurecerme:

—En el fondo, te atormentaban las octavas del primer alegre; por eso lo has vuelto a tocar: era una orden de tu inconsciente. Y esta vez ha salido mejor. Ya sabes: pulso rígido, mucho antebrazo, e intervención de los hombros.

Al decir estas palabras me golpeaba fuertemente en la espalda, y tomándome del brazo me arrastraba hasta el piano.

Transcurrieron varios días. Aún no me atrevía a tocar la *Sonata* en el Érard. Una tarde, después del té, encontrándome solo en casa, subí al vestíbulo como si fuera sonámbulo, me senté al piano nuevo y atacé los primeros compases de la *Sonata* de Liszt. El sonido, muy poco semejante al del viejo Steinway de la sala, más aterciopelado, más profundo, y a la vez menos estridente, me permitía no retenerme en los fortísimos y lanzar toda mi energía sobre las teclas sin miedo de golpear. Por eso, quizá, olvidé mis aprensiones; cada vez con mayor dominio pasé de un tiempo a otro tiempo; pasé del brío a la elocuencia, de la elocuencia al arrebató, a la fiebre; cedió la fiebre, llegó la dulzura, y de nuevo fue el vértigo, y otra vez la dulzura, el sosiego. En un momento dado me sorprendí en los graves compases del lento final. Había ejecutado la *Sonata* al movimiento exacto, sin el menor tropiezo. Y entonces pude oír, no precisamente aplausos, pero sí un murmullo de admiración, un aliento. Alguien, conmigo, había escuchado la *Sonata*. Tuve la certeza de una presencia real. Miré a uno y otro lado: al enfrentarme con el cuadro, encontré en los ojos de Julio ese fulgor de simpatía que sólo iluminaba su rostro cuando hablaba con mi madre. Entonces toqué de nuevo la *Sonata*, pero empezando por el tercer tiempo, ese cantabile apasionado, confidencial. Y mientras tocaba eché la cabeza hacia atrás, detuve los ojos en los ojos de Julio. Julio sonreía como las personas que han sido sorprendidas en un momento de debilidad y comprenden que ya es inútil continuar fingiendo. Hablaba despacio, y las palabras no alteraban el tono de su voz, una voz blanda, dúctil, que seguía los delicados arabescos del cantabile y me inducía a responder: en un determinado instante, era yo quien hablaba. Y hablaba sin esfuerzo alguno: había tomado la palabra obedeciendo a un impulso tan espontáneo e imperceptible como el de la cromática descendente que le permite a la mano izquierda apoderarse de la melodía, una octava más abajo, y pasar a los altos el acompañamiento. Muchas veces, después de esa tarde, he tocado la *Sonata en si menor*, y de muchas maneras el cantabile del allegretto y del andante sostenuto se ha dirigido a mí en su lenguaje cifrado. Pero cualquiera que haya sido su mensaje, más o

menos prodigioso, más o menos deslumbrador, la felicidad en que estaba sumergido ha sido siempre la misma. Digo felicidad, sí, pero hay en esa felicidad algo melancólico. Lleva consigo la angustia de su propio fin. Nos embriaga... y nos aflige en razón de su vehemencia. Sentimos nostalgias del goce que nos procura, y echamos de menos, anticipadamente, los momentos de gloria que nos permite conocer.

Yo conocí un momento de gloria, esa tarde, cuando Julio me confesó su admiración. No me lo dijo, hasta entonces, para no estimular ese respeto excesivo hacia mi persona que Isabel creaba en la casa. Además, acercarse a mí hubiera significado luchar con Isabel, disputarme a su influencia, vencerla. Y perjudicarme en otro sentido. Habló de «las cosas materiales». Le contesté, un poco ruborizado, que ese talento musical que me reconocía llevaba implícito un absoluto desdén por las cosas materiales. En todo caso, desde ahora renunciaba a cualquier aspiración de esa naturaleza: no tenía otra aspiración que la música o, mejor dicho, que perderme a través de la música en el afecto de Julio y de mi madre. No deseaba poder, honores, riqueza. Por un momento hice mías esas hipotéticas ventajas que podía ofrecerme el destino para sentir, al rechazarlas, el áspero goce de ciertos grandes de la tierra que se consagran furiosamente a Dios, en el fondo de los monasterios. Julio sonreía. Me hizo notar que la música exigía de mí algunos sacrificios, y el primero de todos: sobrellevar a Isabel. «Isabel, le contesté, tiene algunas buenas cualidades». «Sí, dijo Julio, pero quiere tenerlas todas. Quiere, además, que todos admitan su perfección. Desconfía de cualquier persona que se resista a sus designios o pretenda vivir prescindiendo de ella. Necesita rodearse de esclavos». «Le gusta la música, insistía yo, es una mujer muy instruida». Julio, sin desmentirme, señalaba algunos rasgos en el carácter de Isabel que venían a modificar insensiblemente mis palabras: «Es una mujer muy instruida que no desdeña las cosas materiales. A veces, la música otorga renombre, éxito. A Isabel le gusta el éxito. En ocasiones yo la encuentro demasiado inflexible; con la pobre Mlle. Lenoir, por ejemplo». «Lo hizo por mí, contesté; si aún estudiara con Mlle. Lenoir, no podría tocar la *Sonata* de Liszt». En ese momento ejecuté los acordes finales y todavía vibraba en el aire el si profundo de la octava baja, cuando escuché exclamaciones, risas. Me tomaron de la cintura, una mejilla se apoyó contra la mía. Era Isabel.

## V

Mi diálogo con el retrato proseguía todas las tardes. Ahora que entre Julio y yo se había roto el hielo definitivamente, teníamos muchas cosas que decirnos. En una ocasión hablamos de nuestro padre y aludimos, de manera velada, a su infidelidad conyugal. Cambiamos algunas reflexiones sobre lo difícil que resulta librarse de la disipación cuando se la ha contraído en la juventud. Yo hice notar que una vejez disoluta me parecía repugnante, hasta por razones estéticas. Justificaba, también, que se ocultaran ciertas cosas cuando no se tiene el valor suficiente para prescindir de ellas. Julio se echó a reír.

No, yo no hacía el elogio de la hipocresía. Pero días antes, hojeando un legajo de expedientes que mi padre trajo consigo para estudiarlos por la noche, había encontrado una carta. Mi padre podía ser más cuidadoso con su correspondencia amorosa —aunque amorosa no era, quizá, el epíteto justo para calificar esa carta; en cambio, el legajo judicial, de cuyas fojas grasientas parecía desprenderse un corrupto olor a mala vida, suciedad y tabaco, era un sitio adecuado para guardarla. En la carta, que llevaba el membrete de un cabaret, una mujer le pedía dinero. Era una aventura ordinaria, venal. «¡Qué pensará mi madre!», exclamé. «Nada, contestó Julio. Ya esas cosas no pueden herirla. Isabel lo sabe». «¿Por qué mezclas a Isabel?», le pregunté. Entonces, esfumando imperceptiblemente su sonrisa, Julio me hizo comprender que de una acción cualquiera es difícil hacer responsable a una sola persona. Y tantas personas intervenían más o menos directamente en ella, por comisión u omisión, que nadie podía sentirse ajeno a la culpa expuesta así; por momentos, adquiría la textura prolija e intrincada de un tapiz; por momentos, la diafanidad envolvente de una nube. Como notara mi sorpresa, agregó: «No te culpo, por cierto, de que hayan despedido a la pobre Mlle. Lenoir, pero en el caso de nuestro padre ¿supones que recursos tan limitados como los suyos le permitan mantener a una familia, costear nuestra educación y llevar, por añadidura, una vida irregular? Alguien ha hecho posible ese milagro, alguien que no ignora su conducta y a quien su conducta complacía, no digo ahora, pero sí en otros tiempos, cuando pudo afligir a tu madre».

El lector se formará una idea equivocada si cree que mis diálogos con Julio versaban siempre sobre hechos. No niego que a veces partíamos de un detalle material, pero en seguida lo escamoteábamos y ese detalle, simple pretexto, nos llevaba en pujante ascensión hacia regiones más nobles y abstractas. Al evadirnos de la realidad cotidiana, nos encontrábamos, de pronto, en la verdadera realidad. Conseguíamos explicarla, superarla.

Yo hablaba, insisto, con la mayor soltura. Y a veces no dudaba en consultarlo

sobre ciertas circunstancias que perdían, al enunciarse, todo carácter escabroso, confesional. Dejaban de ser revelaciones impúdicas. Las obsesiones de los catorce años subían de las zonas penumbrosas de mi alma, llegaban a la superficie, después me abandonaban, y después, todavía después, las sentía flotar a mi alrededor despojadas de su residuo oscuro, venenoso, del maléfico imperio que ejercían sobre mí. En problemas apasionantes que me concernían de una manera puramente intelectual, en perspectivas agudas, esenciales, sobre la naturaleza del hombre y su destino en el mundo, reconocía mis antiguas obsesiones milagrosamente transformadas: no contentas con haberme libertado de una cruel esclavitud, luchaban para ponerse a mis órdenes, para inundarme de optimismo y sabiduría. Continuaban hablando, continúan hablando, la razón y la pasión, el espíritu y la carne, el deber y los instintos, tantas leyes opuestas y elementos irreconciliables que aún coexisten dentro de mí. Pero ya su enconada disputa no me ensordecía, y los escuchaba discurrir uno a uno, con esa tenue lucidez que adquieren nuestras palabras en los sueños felices. Ahora, sin necesidad de acudir a la *Sonata en si menor*, nuestro diálogo proseguía ininterrumpidamente, límpido, fluido, musical, ceñido a la clara línea melódica que imprime a las dos voces determinado andante de Mozart, o la *Romanza en fa* de Schumann, o el segundo *preludio* de Chopin. Y era, por autonomasia, el diálogo entre hermanos: de una fraternidad absoluta, genérica, como sólo puede concebirse entre dos hermanos. Como en la vida, entre dos hermanos, no se puede concebir.

Claro está que ese mismo día, o al día siguiente, yo encontraba un Julio menos comunicativo. En la mesa nos sentábamos el uno frente al otro. Parecía ignorarme. Lo veo almorzar en silencio y levantarse con el último sorbo del café. Besa a mi madre, ya no está en el comedor, oigo sus pasos por el jardín. Al cabo de un momento, vuelvo a oír los mismos pasos. Julio atraviesa el jardín en sentido inverso y sale a la calle, después de haberse despedido de sus ratas.

## VI

Las ratas se alojaban en grandes armarios con tapas de alambre tejido. Eran blancas. A menudo, por los intersticios de la malla de alambre asomaban sus gruesas colas rosadas. Periódicamente trasladaban al instituto las ratas de un armario y volvían a llenar los estantes vacíos con otras más pequeñas: crecían con rapidez. Las viajeras eran inmoladas en el instituto, a juzgar por unos cráneos triangulares, de huesitos consistentes, que adornaban la mesa de trabajo. Las ratas me atraían. Me gustaba subir al laboratorio, al caer la noche. Las oía removerse, arañar la madera, chillar. En la penumbra fulguraban bolitas alarmantes de cristal rosado. Una vez se apagaron instantáneamente los ojos de las ratas al tiempo que Julio encendió la luz eléctrica.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

Le pedí disculpas; estaba a punto de irme, cuando me dijo:

—No me molestas.

Pasó a su dormitorio y volvió después de un momento, sin saco, con la camisa remangada. Sacaba de los estantes rata por rata y las iba pesando sucesivamente en una balanza. Las ratas lo conocían. Julio se permitía jugar con ellas, entreabrirles la boca con el índice curvado para que en él asentaran sus largos colmillos: nunca lo mordían. Además les preparaba la comida, una pasta blanca que dejaba secar al sol; después de cortarla en panes iguales, la iba repartiendo en los distintos estantes. Esta comida tenía un olor que se adhería a la piel con insidiosa persistencia, el famoso «olor a rata». En vano Julio rociaba sus brazos con agua de colonia, después de jabonarlos bajo el único chorro de la pileta; no bien entraba en el comedor, mi padre —al olfatear el agua de colonia— vaticinaba una inminente peste bubónica que haría estragos en toda la familia. Julio lo dejaba hablar. Una noche, sin embargo, condescendió a responderle:

—Las ratas blancas no son vectores especiales de bubónica; además, lo que pretendes sentir no sería nunca olor a rata, sino a la comida de las ratas, comida, dicho sea de paso, bastante más higiénica que la nuestra: almidón, caseína, sal, aceite de hígado de bacalao y levadura de cerveza. Te noto de mal semblante: deberías ponerte a ese régimen.

Pero Julio, a esa comida, le agregaba agua en abundancia; traían el agua del instituto en damajuanas lacradas, con letreros que decían Avellaneda, Pergamino, San Rafael, Oran, etcétera. Julio estudiaba los efectos nocivos de ciertas sales disueltas en el agua y, en los últimos tiempos, se había declarado adversario del aluminio. Las sales de aluminio ejercían una acción progresivamente tóxica sobre los órganos y los tejidos, lo cual podía demostrarse porque la curva de aumento de las enfermedades cancerosas, de veinte años a la fecha, coincidía con las curvas de producción y

difusión de utensilios de aluminio. Esto lo supimos por mi madre, que hizo desterrar de la cocina hasta la última cacerola de tan funesto metal. Mi madre hablaba con ese fervor que ponen las personas cuando explican asuntos que apenas comprenden. Entusiasmada, arrebatada, suplía la indigencia de su vocabulario con una abundante gesticulación. Mi padre la observaba sorprendido; Isabel, sonreía. Entonces, por toda respuesta, mi madre se alejó majestuosamente de la sala, pero volvió instantes después trayendo unas revistas extranjeras en que mencionaban «the very interesting but hazardous researches on vanadium and aluminium that Dr. Julio Heredia, of Buenos Aires, has undertaken»,<sup>[4]</sup> y la comunicación de M. Gabriel Renard a l'Académie des Sciences, donde afirmaba que «sur un certain plan et dans une certaine mesure, les experiences bio-chimiques qu'a faites M. Julio Heredia, le jeune savant argentin, pour démontrer l'influence de l'aluminium dans les maladies des os et de l'intestin, ne manquent peut-être pas d'une importance relative».<sup>[5]</sup> Recuerdo que Isabel le tomó la revista de las manos y volvió a leer el párrafo, marcado con lápiz azul, subrayando teatralmente los «certains», el «peut-être», «l'importance relative».

Este oblicuo antagonismo entre Isabel y mi madre estaba disimulado por una ostensible acumulación de buenas maneras y atenciones recíprocas. Sin embargo, un observador perspicaz empezaba a notar algo sospechoso en la cortesía vigilante con que se trataban. A veces ellas mismas parecían asombrarse del tono apacible de sus relaciones; entonces, por un sentimiento de solidaridad con el pasado, cambiaban de cuando en cuando una mirada escrutadora, una reticencia, una frase cuya insignificancia contrastaba con el ardor combativo del acento, y recobraban súbitamente la paz al comprobar que aún persistían, profundos, operantes, los viejos rencores que las ligaron de modo tan extraño en otra época.

Isabel comía con nosotros todas las noches. Claudio Núñez nos acompañaba dos veces por semana, cuando me daba lección por la tarde. En la mesa, mi madre y Julio hablaban entre sí, apartados de la conversación general. Una noche Claudio Núñez elogió el cuadro que Isabel había colocado en el vestíbulo. «Es una lástima —le dijo a mi padre— que usted no continuara pintando». Mi madre intervino:

—Yo admiro mucho ese cuadro —dijo en voz alta—. Antonio lo pintó antes de casarse, es un autorretrato. Y ahora se parece a Julio. Es extraño.

—No es extraño que Antonio y Julio se parezcan —dijo Isabel.

Mi madre afirmó de una manera categórica:

—Antonio y Julio no se parecen. Hablo del cuadro. ¿No encuentran ustedes que el cuadro se parece a Julio?

Yo iba a sostener la opinión de mi madre, pero en ese momento las miradas de Isabel, Núñez y mi padre se fijaron en Julio, y creí notar que Julio se ruborizaba; de todos modos, para sustraerse a esa molesta confrontación mental, desvió los ojos y

los detuvo en los míos. Fue un segundo, pero interpreté su violento deseo de que me callara. Nada había dicho, por suerte, pero no necesitaba hablar para que Julio leyera en mi pensamiento. La respuesta de mi padre nos alejó del tema. Yo escuchaba sus palabras tratando de vencer mi confusión:

—En otra época me parecía a ese retrato, o creía parecerme. Ahora estoy envejecido.

—Ahora tienes una expresión diferente —dijo mi madre—. Si hubieras continuado pintando, es posible que aún te parecieras al retrato.

Isabel y mi padre hicieron al mismo tiempo dos preguntas distintas:

—¿Qué tiene que ver la pintura con la expresión de ese retrato?

—¿A qué expresión te refieres?

Mi madre pasó por alto la pregunta de Isabel. Contestó:

—A una expresión ¿cómo diré? Rebelde y optimista.

—Sí —dijo Núñez—. El rebelde es optimista. Por eso tiene energías para seguir luchando: espera vencer.

—Bueno —concluyó mi padre—, yo abandoné la pintura porque había perdido el optimismo.

Isabel le decía a Núñez:

—Usted no sabe cómo insistí para que Antonio continuara pintando... Todavía aquí, en Buenos Aires, le pedía que reanudara. Siempre he deseado que en nuestra familia hubiera un artista. Delfín es un caso distinto. Quizá deba hacer algo más importante que interpretar la obra ajena. Por eso no quiero que sacrifique a la música el resto de su instrucción.

—Un pianista no es un mero intérprete —protestó Núñez—. Es también un creador o, si usted quiere, un recreador. Además, Delfín podría estudiar armonía. Yo le iba a sugerir, precisamente...

Isabel lo interrumpió:

—Quiero mostrarle otros cuadros de Antonio, unos paisajes. Alguna vez, si él nos lo permite, lo haré subir al desván.

Mi padre confesó que su pintura le producía un malestar casi físico.

—Pero ese autorretrato...

—Es un boceto.

—¿Así que usted prefiere los bocetos, los apuntes preliminares, a las obras definitivas? —le preguntó Núñez.

Mi padre aclaró el sentido de sus palabras refiriendo la impresión que tuvo días antes, en casa de un amigo, frente a un cuadro de Z., el pintor español. El dibujo, la composición, el colorido, le habían parecido francamente malos y, sin embargo, el cuadro en sí le repugnaba menos que otros cuadros de Z. Se acercó y comprendió que era la obra de un imitador de Z., un discípulo sin ningún talento.

—Cuando se toma un camino equivocado —dijo— mientras más oficio y dotes naturales se poseen, se hacen cosas cada vez más detestables. Se avanza más y más en el error.

Pero Isabel estaba decidida a elogiar la pintura de mi padre.

—¡Qué absurdo! —dijo—. Tú no habías elegido un camino equivocado.

Mi padre admitió que él, estéticamente, había sido muy ambicioso. Pero esa misma actitud le exigía sacrificios y luchas que no tuvo el valor de afrontar:

—Y hacerlos con exaltación, con entusiasmo. Tener esa expresión rebelde y optimista de que hablaba mi mujer y que yo he perdido para siempre.

Isabel pensaba en sacrificios y luchas materiales. Según mi padre, se trataba de luchar contra el miedo, la inercia, la rutina, los sentimientos convencionales, las ideas hechas, la facilidad. El artista debía vivir en perpetuo antagonismo.

—Usted postula una rebelión sistemática que conduce a la soledad —exclamó Núñez—. Y no es bueno que el hombre esté solo, como dice el Génesis. El artista no debe sustraerse al espíritu de su tiempo.

—Habría que saber —replicó mi padre— si lo que sobrevive de una época no es aquello que parecía más en pugna con la época misma. Un periodista inglés ha escrito que cuando los sociólogos hablan de la necesidad de conformarnos al espíritu de nuestro tiempo, olvidan que nuestro tiempo es la obra de unos pocos que no quisieron conformarse con nada. Sí, ya sabemos. No conviene apartarse de los demás, aislarse. Pero en las sociedades burguesas el artista ha perdido toda función y tiene que aislarse, necesariamente. Quizá la obra de arte sea una venganza del individuo aislado.

A Núñez le parecía una concepción exagerada e inhumana. Pero mi padre aludió a ciertas manifestaciones de la música y de la pintura modernas. Lo que había en ellas de nuevo, de específicamente nuevo, era una nota inhumana, anárquica:

—Son la reacción del artista a la hostilidad más o menos encubierta del medio en que actúa. Hoy por hoy, esa hostilidad es el único estímulo del artista.

—Usted exagera —repitió Núñez.

Pero mi padre hablaba sin ánimo de protesta. Estaba de acuerdo, además, en que toda obra de arte lleva en sí un germen disolvente. Al ofrecernos una visión de las cosas que hasta ese momento no teníamos, nos propone un orden nuevo, incesantemente nuevo. La sociedad, desde su punto de vista, hacía bien en mostrarse hostil a los artistas.

—No me negará usted —agregó— que en su indiferencia hay mucho de hostil. Mejor dicho, es siempre hostil, hasta cuando finge ponerse de parte de ellos, porque entonces protege el arte mundano o académico, es decir, continúa persiguiendo indirectamente a los artistas verdaderos. Trata de aplastarlos por todos los medios.

—Es una injusticia —dijo mi madre.

—¡Bah! Los débiles sucumben, tanto mejor. En mi caso, por ejemplo, como no me sentía con fuerzas para la lucha, preferí renunciar a la pintura.

—El señor Heredia se puso de parte de la sociedad —dijo Núñez con sorna.

Mi padre contestó sonriendo:

—No se imagina hasta qué punto. Soy fiscal del crimen.

Llevaron el café a la sala.

Mi madre y Julio, cerca de la chimenea encendida, jugaban a la crapette. Isabel, mi padre y yo rodeábamos a Núñez, que hacía parodias en el piano. Inclinado, desmayado sobre las teclas, tocaba un vals de Chopin a la manera de Risler: el vals parecía una canción de cuna; Risler empezaba a despertar, hacía contorsiones, alzaba los brazos a una altura extraordinaria, se convertía en Rubinstein, y el vals entraba en un paroxismo de agitación; después seguíamos escuchando nítidamente el tema del vals, pero coincidiendo con una canción rusa que se había introducido en el acompañamiento; más tarde, el vals se transformaba en el estudio de las notas negras, tocado a una velocidad prodigiosa: Claudio Núñez hacía correr por las teclas una naranja que había sacado del bolsillo.

De cuando en cuando, oíamos el leve ruido de las barajas y los stops ahogados de los jugadores.

Núñez me obligó a sentarme al piano.

—Ustedes —dijo Isabel, dirigiéndose a Julio y a mi madre— procuren guardar silencio.

Julio se puso de pie, e Isabel, como lo instara inútilmente a quedarse, aludió a esas personas inconcebibles que no podían soportar la música. Eran dignas de lástima.

—No me compadezcas —le dijo Julio desde la puerta—. He notado que los melómanos sufren mucho. Se pasan la vida saturándose de impresiones que sólo pueden definir por el vago placer que les producen, y están siempre al borde de la tristeza, oscilando entre el éxtasis y el hastío. Esto no lo digo por usted, señor Núñez: la música es su profesión.

—Sin embargo, no te haría mal escuchar un poco de música.

Yo giré en el taburete del piano, con petulancia. Dije:

—Voy a tocar la *Sonata* de Liszt.

Pero ya Julio se había marchado de la sala, e Isabel lanzó una exclamación sorprendente:

—¡No! ¡Es demasiado larga!

Claudio Núñez, dos días después, habló de mi padre con benevolencia:

—Tiene algunas lecturas —dijo— y pasiones muy vivas, bajo su apariencia de grand désabusé. Y la señora de Urdániz, con ese contraste entre los ojos negros y el cabello blanco... Una mujer superior, absolutamente superior. ¡Tan civilizada! Junto

a ella, todos parecemos bárbaros. Yo, al menos, descubro con angustia que soy, en estos momentos, un inmigrante en mi propio país. Tu hermano Julio me interesa mucho. No es aficionado a la música... Sin embargo, prefiero que sea un hombre de ciencia y no un artista. En él me gusta que no le guste la música. Eso equilibra la atmósfera de tu casa. Uno se entiende muy bien con las personas de tu familia.

Recordaría estas palabras de Núñez al oír la reflexión opuesta. Cecilia Guzmán me dijo:

—¡Qué familia la tuya, Delfín! No hay manera de entenderlos.

## VII

En el pasado de Cecilia Guzmán existía un señor X., diplomático, que durante mucho tiempo esperó enviudar de un momento a otro y casarse con ella. Hacia 1910, Cecilia vivía algunos meses del año a su lado; los meses restantes se trasladaba a respirar una atmósfera de arte en las pequeñas ciudades italianas, donde el cambio de la moneda era ventajoso para los argentinos, o se sometía a pacientes curas termales.

Yo apenas conozco el pasado de Cecilia. La imagino, sin embargo, fijando en su compañero de mesa, el ministro de una república centroamericana, por ejemplo, la mirada quejosa de sus ojos azules, muy abiertos bajo los párpados rosados, carnosos, mientras éste (acompañadamente) la hacía partícipe de un optimista vaticinio sobre las relaciones internacionales de los países civilizados, o en un entusiasta profesor liberal que le hablaba del último gran congreso socialista de La Haya. Cecilia había estudiado canto; según las ocasiones, ofrecía a su auditorio romanzas de Paolo Tosti, Chaminade, Duparc, Fauré, Reynaldo Hahn. Estaba habituada a los señores de frac, con cintas rojas y amarillas en la solapa, algunos obesos, que le dirigían cumplidos muy ceremoniosos junto al piano, y después, en los jardines, cuando estaban a solas con ella, se permitían familiaridades apenas compatibles con la edad proyecta.

Se declaró la guerra del 14 y el señor X. enviudó, se casó. Pero no se casó con Cecilia Guzmán.

Cecilia se fue a casa de María Alberti, una señora italiana, amiga de Isabel, que proyectaba embarcarse para Sudamérica. La entrada de Italia en la guerra sorprendió a las dos mujeres en alta mar. Llegaron a Buenos Aires, se hospedaron en un hotel de la Avenida de Mayo.

Doña María Alberti era parienta del nuncio y dueña de una estancia en el sur de Córdoba. Cecilia la ayudaba a despachar sus cartas y le paseaba al perro, un faldero displicente y gruñón que hizo con ellas la travesía. En Buenos Aires Cecilia reanudó amistad con algunas compañeras de colegio, entre las cuales estaba mi madre, y cantó en dos funciones de beneficencia que se organizaron a favor de los aliados. Mis padres tuvieron el honor de que María Alberti los invitara a comer, en compañía del nuncio. A su vez, Cecilia y María Alberti vinieron a casa.

Cuando esta señora se fue al Brasil, Cecilia dio muestras de inquietud. Su amigo, el diplomático, se negaba a sostenerla. Cecilia hipotecó una casita que tenía en la calle Charcas, gastó el dinero, contrajo nuevas deudas, empezó a frecuentar asiduamente a mi madre.

Yo la encontré en el dormitorio de mi madre, una mañana. Por aquella época Cecilia era una mujer desconocida, con un vestido negro que dejaba trasparentar sus

brazos y parte de la espalda. Lloraba; de cuando en cuando interrumpía sus sollozos para aspirar profundamente el aire y sacaba del pecho unos suspiros prolongados que me parecieron muy conmovedores. Estaba recostada en un sofá, con la cabeza echada hacia atrás, largas hebras doradas, desprendidas del pelo revuelto, trazaban líneas refulgentes en la seda del respaldo. Mi madre, en el borde del sofá, la hacía oler un frasco de sales, la consolaba. Ninguna se dignaba mirarme.

Transcurrieron algunos minutos. Yo estaba indeciso entre acercarme a ellas o salir del dormitorio. La mujer desconocida empezaba a serenarse. En un momento dado, sus ojos se encontraron con los míos. No manifestaron ningún asombro. Yo comprendí que había advertido mi presencia —desde el principio.

Se incorporó a medias, estiró el brazo en toda su longitud, me tomó de la mano, y acercó tanto su cara a la mía que pude contemplar mi propio rostro, espejado en las dos manchitas redondas y líquidas de sus pupilas azules. Después, haciéndome a un lado para levantarse:

—Tienes en los ojos ocho reflejos —me dijo—, como los sombreros de copa.

Ahora no puedo circunscribir a Cecilia mi recuerdo, así como entonces me fue imposible no detener exclusivamente en ella mi atención. Las circunstancias que rodearon nuestro primer encuentro, esa mañana, afluyen del olvido, se mezclan con la imagen que guardo en la memoria y comunican a mis impresiones una constante vibratibilidad. Pienso en Cecilia y vuelvo a ver el sofá donde estaba recostada, el dormitorio de mi madre, la seda gris de las paredes, el balcón abierto a la calle, los geranios del balcón. Veo a mi madre levantarse, dejar las sales sobre la mesa, y evoco, a pesar mío, este frasco tallado en facetas, conteniendo cubos blancos que nadaban en un líquido ambarino. Mi madre, al moverse, agitaba las mangas de su bata de mañana. Pero la soltura del vestido era aparente. Al cuerpo, aislado de cualquier contacto exterior, se lo adivinaba oprimido por un largo corsé de ballenas que no se quitaba durante todo el día, ni siquiera para descansar un rato después del almuerzo. El género encontraba apoyo en los hombros y en el busto y de allí colgaba, como de una percha, en pliegues abundantes y gratuitos. Su cómoda vestidura de entre casa no le daba la menor comodidad. Y es curioso que la vida de mi madre estuviera llena de pliegues sueltos y lánguidos flotando sobre las ballenas, de gestos espontáneos, atrevidos, que disimulaban un fondo de rigor. No sé si este detalle puede adelantar una idea aproximada de su carácter.

El aspecto de Cecilia era menos recatado. La vi observarme por el espejo mientras se soltaba el cabello. Se llenó la boca de horquillas, las fue hincando concienzudamente en esa mata rubia y ondulosa, que una vez armada pareció de nuevo a punto de deshacerse. Me dieron vergüenza los movimientos de sus brazos, los codos rosados y los pliegues de la espalda, acentuados por la gasa negra. Tuve la sensación de estar fuera del cuarto, de que alguien me hubiera sorprendido mirando

por el ojo de la cerradura. Salí precipitadamente.

## VIII

Julio ocupaba tres habitaciones, encima del garaje, separadas por el jardín del resto de la casa, pero el jardín había llegado a invadirlas poco a poco: la Santa Rita, la glicina, enroscaban sus troncos a los pilares para caer, desde lo alto, en una profusa lluvia violeta. Algunas tardes, después del almuerzo, yo me sentaba con un libro debajo de las enredaderas. El jardinero podaba las plantas, rastrillaba el césped, acumulaba blandos montones de pétalos; eran esos mismos pétalos cuya frialdad me acarició la nuca. Porque la primavera de 1916 fue muy brillante y risueña. Tantas hojas verdes, tantos matices delicados e insinuantes, el resplandor tibio del sol, el aire transparente, brotaban de una oscura reserva de alegría. Los cielos de octubre me vieron atravesar el jardín llevando una rama de glicina con todas las precauciones posibles, para que sus flores no se deshojaran; llegaba al cuarto de Cecilia, y Cecilia la colocaba en un vaso con agua, sobre el escritorio. Encima del escritorio, junto a una estampa en colores que representaba «Las ruinas de Palmira», se amontonaban pequeños objetos comprados en sus viajes, fotografías de estatuas y cuadros célebres, de políticos, de actrices. Recuerdo la blanca melena de Ferri, las cejas arqueadas, el busto excesivo de Réjane, y recuerdo, asimismo, los bigotes de un caballero que lleva en la cabeza un bicornio con plumas de marabú: era el señor X.

Dormíamos en piezas contiguas, separadas por el cuarto de baño. A veces, cuando Cecilia abría sus puertas que daban a la galería, yo la encontraba leyendo; Cecilia había descubierto unas revistas a que estuvo suscrita mi madre; en esas colecciones incompletas, y ya un poco vetustas, seguía con negligente asiduidad novelas por entregas, como pude descubrir cuando advertí que no se inquietaba por la ausencia de algunos ejemplares. Pero estos ejemplares remisos, que yo había tenido que buscar en el sótano, me permitían entrar a su dormitorio cuando estaban cerradas las puertas. Cecilia, entonces, me ofrecía un asiento a su lado. Conversaba, preguntaba.

Se había formado sobre nuestra familia un esquema demasiado lógico y había resuelto conquistarla halagando a cada uno de sus miembros. Pero escogía siempre, en esos casos, al interlocutor indebido. Creía, por ejemplo, que Isabel había combinado el matrimonio de mis padres para darle a Julio un hogar; daba por sentada la gratitud de mi madre hacia Isabel, su protectora. Cuando Cecilia conversaba con Isabel, ponderaba los méritos de Julio. Isabel la escuchaba con frialdad. Entonces, decidida a vencer su reserva, Cecilia no había encontrado mejor camino que hacer elogios de Isabel ante mi madre, con la esperanza de que alguna vez sus palabras le fueran transmitidas. Le decía:

—¡Es tan inteligente! En Roma todos la conocen. Paraba siempre en casa de Julia Bonaparte, la hermana del cardenal, en un palacio admirable del Foro Trajano. María Alberti la estima mucho. Antes de la guerra, Isabel iba todos los años.

—No todos.

—Y ahora, que no puede viajar, vive consagrada a ustedes. ¡Qué mujer tan generosa!

—Así es —contestaba mi madre.

Cecilia comprendía de manera confusa que nuestra familia no se regía por sus principios, pero era demasiado fiel a ellos (o demasiado indolente) para tomarse el trabajo de abandonarlos, o modificarlos, y continuaba tropezando «de Charybde en Scylla», como hubiera dicho Claudio Núñez, o, para ser más exactos, encontraba tres escollos: Isabel, mi madre y yo. En mí tomaba aliento un instante. La notaba, entonces, menos segura que de costumbre, llena de intuiciones y sospechas, en un estado de ánimo particularmente apto para sustraerse a su equivocado destino y descubrir la verdad. Pero mis respuestas ingenuas la mandaba da capo a sus antiguas convicciones, y al ver que regresaba a ellas, ineluctablemente, yo sentía un placer un poco perverso, casi musical, como si escuchara el tercer tiempo de una sonata que repite, con ligeras variaciones, el tema de la exposición. Una vez, sin embargo, cometí una imprudencia. Había entrado a su cuarto con un pretexto cualquiera; la encontré con los ojos cerrados. Permaneció un segundo en esa actitud; al abrir los ojos, que me parecieron más grandes y luminosos que de costumbre, noté que estaban llenos de lágrimas.

Le pregunté si le ocurría algo malo. Nada malo. Estaba cansada, tal vez. De todos modos, yo no podía ayudarla. Se rectificó:

—Podrías ayudarme si fueras más sincero.

—¿Quieres decir que miento?

—No mientes, pero no dices todo lo que piensas. Me gustaría que hablaras con el mismo ardor que pones cuando tocas el piano. ¿No hablas con nadie de esa manera? En el colegio ¿no tienes amigos?

—Tengo amigos, pero no hablo con ellos.

—Sí, es una costumbre de la familia. Ustedes son muy reservados. Pero en esa reserva hay un poco de egoísmo. Julio, por ejemplo, tendría el deber de interesarse en su hermano menor. Desearía aproximarlos.

Agregó:

—Mi permanencia en esta casa no sería del todo inútil.

Yo me eché a reír.

—¿De qué te ríes?

No sé qué demonio me incitaba a la indiscreción:

—Has mencionado a la única persona de quien soy realmente amigo.

—¿Quién es esa persona?

—Julio.

Me miró fijamente. Después dijo, en voz baja:

—No lo creo.

—Y hablo mucho con él.

—Nunca los veo juntos.

—... hablo con él todas las tardes.

—Pero ¿cuándo? ¿En qué momento? —me preguntó súbitamente irritada—. Por las tardes estudias el piano y él está fuera de casa.

Julio iba a ser sorprendido en flagrante delito de ubicuidad. Me retuve. Días después, al estudiar en el piano una obra de Grieg, me acordé de Cecilia y le pregunté a Julio su opinión. «No tengo ninguna —contestó Julio—. Es un personaje sin consistencia».

Fue una conversación poco satisfactoria porque yo insistía en hablar de Cecilia, y Julio, demostrando su excelente sentido musical, me señalaba algunos errores de mi ejecución —un pasaje, sobre todo, en que perdía el compás. Volví a sacar el tema. Esta vez creí entender que Julio hablaba de amor; Cecilia era mi primer amor y yo no debía afligirme por eso; todos los primeros amores eran un poco banales. Se hicieron alusiones a las flores que cortaba para Cecilia en el jardín y a las revistas que buscaba en el sótano, revistas que *no* lee. Yo hablé de la tristeza de Cecilia; la había encontrado llorando, y Julio me puso en guardia contra el culto inmoderado al sufrimiento. Una persona puede sentirse triste por motivos tan inexistentes como ella misma: eso no basta para concederle nuestro interés. Al fin llegamos a una especie de acuerdo: convinimos en que las buenas maneras son una forma de la moral. Desde el momento en que esa mujer vivía con nosotros, teníamos el deber de hacer llevadera su estadía en nuestra casa. «Bueno, trataré de ser más atento, dijo Julio. Pero nunca ¿me oyes? nunca hablaremos de Cecilia. Me fatiga, empequeñece la conversación, y noto, dicho sea de paso, que tiene sobre tu piano una influencia desfavorable. Tocas menos bien cuando piensas en ella».

## IX

Esa noche, después de comer, le pedí a Cecilia que cantase un aria de *Le devin du village*. Yo la acompañaba en una reducción de Liszt, para piano y canto. Cecilia tenía una voz de mezzo, profunda, bien modulada; a veces, para dar ligereza a tal o cual nota, pasaba con toda naturalidad de un registro a otro y hacía mordentes dobles y triples de soprano lírica. Al levantar los ojos de la partitura, admirado de su virtuosismo, observé que Julio, en vez de marcharse como todas las noches, escuchaba la melodía de Rousseau con los ojos brillantes y los labios entreabiertos en una sonrisa que se acentuaba cada vez que Cecilia entonaba el retornelo:

*Ah! pour l'ordinaire  
l'amour ne sait guère  
ce qu'il permet, ce qu'il défend;  
c'est un enfant, c'est un enfant.*

Tuve la sensación de estar tocando en el vestíbulo, frente a su retrato, y no pude reprimir un movimiento de sorpresa cuando lo vi levantarse, aproximarse a Cecilia, felicitarla.

Todos la felicitaron. Cecilia cantó el aria de nuevo. Su pequeño triunfo la había llenado de optimismo. Mi padre repitió una frase de un personaje de Anatole France: «Juan Jacobo Rousseau, que demostró algún talento, sobre todo en música». Mi madre preguntó si ya no se representaban las óperas de Rousseau.

—*Le devin du village* estuvo cerca de un siglo en el repertorio de la Ópera de París —contestó Claudio Núñez.

—Me gustarla oírla entera.

—Yo la he oído interpretar por un grupo de aficionados —dijo Isabel—. Es un intermedio muy corto.

Núñez explicó que la famosa *Carta sobre la música francesa* levantó en contra de Rousseau a toda la población, herida en sus sentimientos nacionales. Rousseau sostenía que el carácter particular de una música lo da la melodía, y en la melodía influye el idioma, a través del canto:

—Hace una serie de consideraciones sobre el idioma francés, demostrando que no le permite a la música tener melodía ni compás. Es un análisis lleno de retórica, por momentos bastante gracioso.

—¡Pero absurdo! —exclamó mi padre.

—E inútil, completamente inútil. Los partidarios del bel canto han dicho lo mismo de todos los idiomas. Ni Haendel ni Gluck, por ejemplo, escribieron una nota con palabras alemanas. *Entführung aus dem Serail*, de Mozart, fue la primera ópera

alemana.

Mientras yo estaba sentado al piano, sin tocar, Julio, de pie, conversaba con Cecilia. Yo no ignoraba que Julio era aficionado a la música, aunque en casa todos creyeran lo contrario, pero ahora no sacrificaba el trabajo nocturno o el descanso a *Le devin du village*, sino a la charla insustancial de nuestra amiga. ¿O sería porque la música lo inducía a la distracción, al ensueño, a la inercia, le comunicaba una especie de embriaguez a la cual no podía sobreponerse para realizar, acto seguido, un trabajo intelectual? En una ocasión le oí decir que la música era enemiga del pensamiento, y como Isabel protestara, citándole los nombres de algunos sabios e investigadores que encontraban en ella un estímulo para su labor, Julio respondió: «Sí, sobre todo Sherlock Holmes». Al recordar esta frase de Julio, quedé avergonzado. Siempre, pensé, interpreto la conducta ajena de una manera despreciable y busco pretextos para no reconocer mis deudas. En realidad, ha bastado una palabra mía para que Julio modifique radicalmente su actitud. Yo estaba conmovido, pero no era menester llevar las cosas a ese extremo. No quería que Julio, por complacerme, dejara de trabajar. Nunca me arrepentiría bastante de haber formulado un deseo que redundara de cualquier modo en su perjuicio.

Lo miré fijamente. La emoción, la gratitud, el temor, la delicadeza, los más variados sentimientos debieron de leerse en mi rostro, pero Julio (en todo diferente de esos personajes de Balzac que descifran desde la platea, a través de la rápida mirada que les llega desde un palco, el más inesperado y especioso mensaje) continuó conversando con Cecilia, al parecer francamente seducido. No tomaba en cuenta mi expresión. Sin embargo, Julio detestaba la mentira basándose en razones morales y estéticas. Debo añadir que vinculaba el arte a la moral y alguna vez, hablando de música, me explicó el motivo por el cual nos conmueve la belleza. La belleza (desarrolló largamente esta idea) es el signo exterior e invisible de una interior e invisible verdad. De pronto creí comprender: en la disyuntiva de oponerse a mis deseos o a su íntimo sentir, tironeado entre el amor fraternal y el amor a la verdad, Julio había llegado a crearse una verdad ficticia. En ese momento expresaba lo que creía sentir. ¡Estaba mintiéndose a sí mismo! A este proceso concurría el don casi mágico de Julio para leer en el corazón de los hombres y discernir los motivos secretos de sus actos, que hacía extensivo, con inexplicable humildad, a la pobre Cecilia. Pensaba que Cecilia se daría cuenta inmediata de que su entusiasmo por ella era fingido y, para engañarla, no le quedaba otro remedio que engañarse. Recordé su desprecio por el histrionismo. La necesidad de que el artista sea testigo impasible de sus sentimientos —me dijo otra vez— es una paradoja de comediante, apenas eficaz a la equívoca luz de las candilejas. En fin, con ese desprendimiento que va unido a la verdadera riqueza espiritual y que les permite a ciertas naturalezas privilegiadas, al ejercer una constante entrega de sí mismas, no ahogarse en su propia abundancia,

mantenerse a flote, sobrevivir, Julio no se contentaba con amoldar su conducta a mis deseos: mis deseos eran sus deseos. Yo nada tenía que agradecerle, pues había olvidado mi ruego en el momento de satisfacerlo. Podía mostrarse amable con sinceridad y generoso con modestia. Me hacía estas reflexiones trasportado de asombro, mientras las palabras de Claudio Núñez llegaban como un rumor despreciable a mis oídos. Julio continuaba conversando con Cecilia. Se alejaron de nosotros, salieron a la terraza, entraron de nuevo. Cecilia reclinó la cabeza en el marco de la puerta, con esa gracia marchita y un poco afectada que ponía en todas sus actitudes. Se quitó del hombro un ramito de flores, lo deshizo, le dio una rosa a Julio. Algunos jazmines cayeron al suelo. En ese momento sorprendí en los ojos de Julio un resplandor irónico. Quizá Cecilia trataba de aproximarnos, quizá le reprochaba a Julio que no se ocupara bastante de su hermano menor. Con el pretexto de recoger los jazmines, caminé hasta ellos.

—¡Pobre! —decía Cecilia—. Debe sufrir mucho.

—Poco a poco empieza a mover las patas, recobra la vista, al final se cura.

—¿Cómo puede curarlo el mismo veneno?

—Depende de la dosis. Se le administra por inyección subcutánea o por vía bucal, mezclado a la dieta.

—¿Y cómo dijo usted que se llamaba el veneno?

—Aconitina.

—Los hombres ¿tienen las mismas reacciones?

—Casi las mismas.

—¡Qué interesante! Me gustaría visitar ese instituto.

—Puedo llevarla el día que quiera. Yo trabajo en el instituto todas las tardes.

## X

Ahora, después de jugar con mi madre una partida de crapette, Julio no manifestaba ninguna prisa en abandonarnos, y yo tuve el placer de triunfar en su presencia muchas noches, en el piano de la sala, con las mismas obras que había estudiado ante su retrato, por las tardes, en el piano del vestíbulo. Debo confesar que Julio, esas noches, parecía un oyente poco entusiasta. Una vez, mientras yo tocaba el cantabile de la *Sonata* de Liszt, llegó a molestarme el ruido de su confiada respiración. Sentado en una postura bastante incorrecta, con las piernas entreabiertas, las rodillas en alto y los brazos colgantes, se hubiera dicho que dormía. Así lo creyó mi madre. Cuando terminé de tocar, se acercó a Julio por detrás del sillón y lo golpeó discretamente en el hombro. Le hablaba con dulzura, como si fuera un niño:

—Estás cansado, deberías acostarte.

Julio abrió instantáneamente los ojos:

—Hace mucho calor. No puedo trabajar ni dormir.

Comprendí que Julio había cerrado los ojos con el doble propósito de que ninguna impresión visual lo perturbara y de simular una actitud indiferente, que no diera pábulo a los comentarios de la familia. Porque todos seguían creyendo que Julio, en el fondo, no entendía nada de música. A veces yo lo veía conversar con Cecilia en la terraza. De cuando en cuando una ráfaga de aire tibio se mezclaba a la música y hacía llegar hasta nosotros, por las puertas abiertas de par en par, el perfume de los jazmines y la invasión secreta, impaciente, del verano. A veces, escuchaba la voz de mi madre que había subido con el propósito de acostarse y hablaba con ellos desde la galería. Cambiaban frases apacibles:

—¿Han visto las estrellas? ¡Qué noche! No dan ganas de dormir.

—¿Por qué no bajas?

—Es demasiado tarde. ¿Isabel no se ha ido?

—Ya se va, ya subiremos todos.

—Es hora. Basta de música.

Otras noches le pedían a Cecilia que cantara. Cecilia disimulaba esos instantes llamativos, penosos, en que la voz humana emerge del silencio, porque tenía una voz que aspiraba al silencio o, mejor dicho, a inmiscuirse en el silencio sin llegar a interrumpirlo. Muchos años después he recordado la calidad sigilosa de su voz cuando estudiaba en el piano ciertas obras modernas: *Ondine*, por ejemplo, cuyos primeros compases suscitan en nosotros ese curioso espejismo que los psicólogos llaman paramnesia. Desde que se inicia el acorde de la mano derecha nos parece que nunca hemos dejado de escucharlo, y la felicidad que nos invade es, quizá, la felicidad del mismo acorde al sentir que respondemos a su persuasivo, desfalleciente, por fin satisfecho llamado ancestral; o el *Concierto en sol mayor*, también de Ravel,

durante ese momento indiscernible en que entran los violines y el tema del piano, disuelto en un vacío de ondas luminosas, se convierte en el rumor eterno, efímero, que cada hombre lleva dentro de sí, aunque pocas veces lo distinga, y que la humanidad prolonga a través de las edades. Estas digresiones literarias apenas guardan relación, Dios me perdone, con el canto de Cecilia, tan justo, tan equilibrado, con su voz discreta, infalible, que sabía elegir el matiz adecuado a la palabra, a la nota, y cargar de referencias psicológicas, de ideas, de sentimientos, de intenciones, el vehículo impalpable del sonido. Comprendo muy bien que a Julio lo fascinara.

Pero no comprendo que Cecilia desconfiara de su voz, y que, con el propósito de halagar a Julio, admitiendo su absoluta incompetencia musical, nos hiciera escuchar un repertorio deleznable. Porque insensiblemente había pasado de los clásicos italianos, de los románticos alemanes, de los modernos franceses, a canciones u operetas del Segundo Imperio que traían a nuestra casa emanaciones de café-concert. Y todos se prestaban al nuevo repertorio de Cecilia. Más aún: lo preparaban, lo estimulaban. Cuando estábamos de sobremesa, yo notaba un aflojamiento general en la conversación. La puerilidad, la vulgaridad, el cinismo, el mal gusto, se introducían subrepticamente en nuestra casa y parecían distribuirse como sombras, pérfidas, equívocas, sobre la blanca superficie del mantel. Es verdad que mi padre, durante esos días, se iba de casa en seguida de comer; a nada bueno, estoy seguro. En fin, mi padre ha muerto, no quiero juzgarlo. Por reprobables que fuesen sus aventuras lejos de nosotros, entre nosotros observaba una invariable corrección intelectual. Pero ¿dónde estaba Isabel, a quien yo no hubiera supuesto capaz de transigir con algunas indecencias? ¿Dónde estaba Julio? Ah, no me refiero al verdadero Julio que me ofrecía todas las tardes, desde un marco grisáceo, el estímulo heroico de su amistad. No me refiero al ser que había logrado reunir las cualidades más diversas: grandeza de alma, penetración, entusiasmo, energía, espíritu crítico; en quien la asombrosa germinación de ideas no era consecuencia de un lamentable empobrecimiento afectivo y el culto escrupuloso del bien, la práctica intensiva de cada virtud, no redundaban jamás, por esa misteriosa transmutación de valores que tantas veces señalan los Evangelios, en vanidad y orgullo. No, me refiero a la apariencia un poco engañosa del Julio verdadero, al Julio de todos los días. Pues bien, este Julio era un hombre decente; irradiaba exuberancia juvenil, salud moral. Hasta la falta de imaginación que hubiera podido leerse en su rostro lo preservaba de cierto desorden en que suelen caer temperamentos más sensibles, más enfermizos, y que es algo así como el rescate que pagan por los mismos privilegios que les fueron concedidos. Pienso en Claudio Núñez, que llevaba su refinamiento a complacerse en la mala música o en las anécdotas escabrosas, como esos caballeros que frecuentan de vez en cuando la crápula de los barrios bajos para comprobar sus diferencias. Una noche le oí exaltar «el genio de Offenbach», mientras Cecilia cantaba *La boulangère a des*

*écus*. Esa noche, en la mesa, se habló del instituto. Cecilia, que había estado allí por la tarde, tuvo palabras de conmiseración para los perros y los conejos, pero se mostró inexorable con las víboras. Julio, deseoso de asombrarla, había hecho toda clase de proezas en el serpentario. Había tomado una yarará del cuello, mientras le hacía hincar los colmillos en un plato de vidrio y depositar allí su veneno; después, látigo en mano, circuló entre las corales y las serpientes de cascabel. «Se puso unas botas — agregaba Cecilia—, pero, de cualquier modo, andar entre las víboras con esa calma. Hay cosas que sólo pueden hacer los hombres. Demasiado horribles...». Claudio Núñez, entonces, habló de la vieja amistad que ha existido siempre entre la mujer y las víboras, desde las sacerdotisas griegas, encargadas del culto de Asclepios, y Eva en el Paraíso, hasta las bailarinas árabes. Las detalló con indiscreción.

—¿Pero dónde ha visto usted esas muchachas que bailan desnudas, cubiertas de serpientes? ¿En Túnez?

—En Montmartre —contestó Núñez—. Y en Montmartre he conocido a una rusa que tenía amores con una boa. Para entibiarle la piel, la sumergía todas las tardes en un baño con agua hirviendo y salmuera. La boa se murió.

Todos rieron. Cecilia le pedía que se callara y, como Núñez continuara hablando, le puso la mano sobre los labios. Núñez le apartó la mano, después de besársela con gran delicadeza:

—Se murió de pena, porque la rusa tuvo un capricho por el segundo violín de la orquesta Lamoureux. La boa empezó a no comer, a tener celos, a entristecerse. Son animales muy propensos a la acidia. Se dejó morir. La rusa se acordaba de ella con nostalgia. Decía: «Personne ne m'a serré si fort».

Momentos después escuchábamos la transposición musical de estas inconveniencias. Las manos de Cecilia trazaban curvas en el aire, retrocedían, se detenían en un acorde. De pronto, obedeciendo a una caprichosa inspiración, se alejaban hacia la derecha y arrancaban arabescos de sonidos sobrecargados de notas, altos, nítidos, burlones, persistentes, como si el teclado no hubiera de terminar jamás. Cantaba. Era una melopea que iba adquiriendo nitidez, volumen, y llenaba la sala. Después, atenuada hasta el pianissimo, la voz de Cecilia sabía encontrar acentos de persuasiva ternura para justificar a los maridos complacientes. El estribillo de *La boulangère a des écus* terminaba con estas palabras:

*Que voulez-vous faire?*

*Quand on aime, on aime tout-même*

*Il faut bien en passer par là...*

Horas después quedaba arrepentido de haber juzgado a Isabel con tanta ligereza en los últimos tiempos, porque le oí una observación que coincidía con mi manera de

sentir. Yo la acompañaba hasta su casa, como todas las noches, y hubiera deseado que no llegáramos nunca a Cinco Esquinas. Sí, hubiera deseado caminar eternamente, oír eternamente el ruido de nuestros pasos en la calle silenciosa. Me parecía un ruido preferible a la música, me conmovía. Observaba las casas soñolientas, los árboles erguidos y modestos cuyo follaje se perdía en la oscuridad. Un perro blanco, taciturno, escarbaba en un tacho de basura. Pensé en la extraña confianza que podemos depositar en las cosas inanimadas, en los árboles, en los animales, y tres calles más abajo, al doblar por el palacio Miró, se me humedecieron los ojos cuando encontramos a la esperada vieja que daba de comer a los gatos del barrio. Ahí estaba, como todas las noches, apoyada en la verja, con su cuchillo y su gran envoltorio de carne. Qué mujer tan buena, pensé. Pero dije en voz alta, para dominar los maullidos de gratitud:

—¡Qué raro!

E Isabel, que no se dignaba mirarla, limitándose a espantar los gatos con el bastón:

—Es muy raro —contestó— el entusiasmo de Julio por el canto. Y pensar que tu madre se complace en vivir con esa puta.

A veces, cuando decía una palabra de esta especie, tomaba un aire soñador y la pronunciaba con lentitud, haciendo un pequeño intervalo entre las sílabas, como si quisiera retenerla sobre los labios y olvidarse de la persona o cosa que designaba para meditar en su significado abstracto, general; como pensando: ¡Qué palabra admirable! Es, realmente, el término supremo, la flor del idioma.

Y en la entonación recogida, casi mística, con que pronunciaba las malas palabras, debía de influir el recuerdo de su padre. Delfín Heredia, según entiendo, era muy sensible a la voluptuosidad del insulto.

## XI

Isabel expresaba de muchas maneras el desdén. Con Cecilia eligió una de sus formas engañosas: la excesiva amabilidad. De improviso, como si hubiera descubierto los méritos de nuestra amiga, le prodigaba toda clase de lisonjas y la obligaba, no sólo a cantar, sino a repetir incesantemente sus canciones. Yo estaba desconcertado. ¿Escucharíamos noche tras noche, hasta el día del juicio, operetas y tonadillas de café-concert? Claudio Núñez, que abundaba siempre en el sentido de Isabel, justificaba con argumentos este súbito entusiasmo. La señora de Urdániz tenía razón. Cecilia, como las grandes cantantes, dejaba los labios inmóviles y articulaba con asombrosa nitidez. Lograba una emisión perfecta porque no hacía gestos con la boca, ya que todas las contorsiones influyen en la abertura por donde toma vuelo el sonido, y lo deforman. En las operetas, en las canciones ligeras, se podía apreciar el virtuosismo de Cecilia. Esa música adaptada negligentemente a las palabras, donde el recitado pasa de la suma lentitud a la rapidez vertiginosa, exige del cantante esfuerzos sobrehumanos. No ya de dicción: de interpretación, de inteligencia. ¡Cómo lo obliga a colaborar con el músico, a dar sentido a un texto incapaz de expresarse por sí solo! El café-concert era la verdadera escuela de los artistas líricos. En el café-concert deberían aprender todas las divas, todas las *Liedersängerinnen*. Y escuchábamos:

*High society, high society!*  
*I would have horses with nice long tails*  
*If my papa were the prince of Wales.*

Pero no he visto nada más incomprensible que la expresión extática con que Julio devoraba esas inepticias. Se pasaba las horas muertas junto al piano, soñador, indolente, inmóvil, oriental. Mi madre, entre tanto, hacía solitarios. Después, Cecilia y Julio salían a la terraza, mi madre se unía a ellos. Pero entonces Isabel llamaba a Cecilia, Cecilia repetía sus canciones, Claudio Núñez aplaudía, frenético. Todos parecían olvidar que existía otra música, la Música. Sí, yo estaba desconcertado.

Las cosas empeoraron porque Isabel decidió jugar al bridge. Yo creo que el asco que me inspiran los naipes proviene del recuerdo que me dejaron esas partidas estúpidas. Mi madre las soportaba con indulgencia. Para colmo, Isabel quería dirigir indefectiblemente la partida y su táctica consistía en pujar el remate o cambiar el palo del compañero, cualesquiera que fuesen sus cartas, si éste había declarado antes que ella. En ocasiones, al ver el muerto tendido sobre la mesa, mi madre sonreía:

—Isabel ¿por qué no te callas? Mira lo que acabas de hacerle al pobre Núñez.

El pobre Núñez no se lucía en el bridge. Pero Isabel, al acabar de jugar, examinaba con las cejas fruncidas el anotador, y cuando a Núñez lo favorecía la

suerte, abría su bolso, colgado en el respaldo de la silla, y le pagaba a la vista de todos (llevaba siempre billetes de un peso, flamantes). Los billetes quedaban sobre la mesa; en un determinado momento, desaparecían. A mi madre le hacía gracia la rapidez con que Núñez, sin que nadie lo viera, deslizaba los billetes de la mesa a su bolsillo. Como esas noches acabábamos de jugar bastante tarde, Núñez acompañaba a Isabel hasta su casa. En cuanto ellos se iban, Cecilia y Julio irrumpían en la sala, y Cecilia le preguntaba a mi madre si sorprendió a Núñez guardándose el dinero. Mi madre contestaba que no, a pesar de haberlo vigilado rigurosamente. Núñez era prestidigitador.

Pero yo no tenía el consuelo de que me pagaran cuando había ganado. Sentada al piano, detrás de nosotros, Cecilia cantaba en voz baja para no molestarnos. A veces no se podía decir exactamente si cantaba o conversaba con Julio, porque pasaba a un registro más grave del que tenía naturalmente para que la voz perdiera color y tomase un carácter confidencial. Largos silencios separaban cada acorde. Cuando yo volvía la cabeza, Cecilia y Julio se habían ido de la sala. Entonces yo consultaba a cuántos puntos estábamos del rubber y jugaba bien o mal según conviniera que ganásemos nosotros o nuestros adversarios para decidir la partida. Llegué a contagiar esa impaciencia. Mi madre, es cierto, jugaba de una manera más ausente y perfecta que nunca; ni siquiera se molestaba en golpear sobre la mesa o enarcar las cejas cuando Isabel o Núñez se demoraban con las cartas en la mano. Pero yo la sentía inquieta. Una noche preguntó:

—¿Dónde están Cecilia y Julio?

—En la terraza.

Mi madre los llamó. No contestaron.

—Habrán bajado al jardín.

Media hora después, al verlos entrar:

—Bueno —dijo mi madre—, la última mano. Uno se acuesta cada vez más tarde.

A la noche siguiente se negó a jugar. Cecilia la reemplazó durante una semana, pero la afición de Isabel por los naipes fue decreciendo. Poco a poco nos reintegramos a nuestras antiguas costumbres. Después de comer volvieron a pedirme que tocara el piano; después de comer, Julio volvió a irse no bien empezaba la música. Parecía deseoso de recuperar el tiempo perdido, y parecía también que su intimidad con Cecilia no estaba destinada a prosperar. Súbitamente, Cecilia empezó a retroceder, a disminuir de tamaño, a entrar en esa región confusa, grisácea, donde a los ojos de Julio nos hacinábamos todos nosotros excepto mi madre. Con mi madre, en cambio, Julio reanudó sus conversaciones del jardín y hasta inauguró la costumbre, cuando estábamos en la mesa, de tomarle la mano, gesto bastante asombroso en un hombre poco demostrativo. Cecilia se resignó a la nueva actitud de Julio; con mayor tacto del que yo hubiera supuesto en ella, no hizo esfuerzos para

retenerlo, y casi me atrevo a decir que ahora rehuía su presencia. En esos días Isabel descubrió que el canto la fatigaba. La señora de Urdániz tenía razón, explicaba Núñez. El canto era la forma menos musical de la música porque era la menos impersonal. Después de todo, lo que buscamos en la música es una representación del cosmos antes que el hombre exista, una pequeña orgía de infinito. En el canto había un elemento humano excesivo, desmesurado. En fin, la pobre Cecilia encontraba muy pocas ocasiones de lucimiento. Yo me creía obligado a pedirle que cantara, y a veces llegué a tocar en el piano esas mismas operetas de Offenbach o de Gilbert y Sullivan. Pensándolo bien, eran bastante inocentes.

—No comprendo —decía Cecilia— por qué deseas oír esas canciones, si en el fondo no las puedes soportar. Tienes gustos muy austeros. Julio dice que es una cuestión de edad.

—¿Has hablado de mí con Julio?

Esta escena se repitió. Yo afirmaba que las canciones me divertían.

—Si te divierten, tanto peor. Como dice Julio, eres demasiado joven para que te guste la mala música. Ya Isabel no me pide que cante. ¿Adivinas por qué?

—No.

—Según Julio, tiene miedo que te corrompa.

—No digas tonterías.

—Jul...

Se interrumpía:

—... todos lo han notado.

Otra noche nos habíamos sentado a la mesa sin esperar a Julio. Cecilia me pareció envejecida. Después de observarla un momento bajo la luz de la lámpara, llegué a la conclusión de que se había pintado más que de costumbre. Los afeites, en aquellos tiempos, no se exponían con esa especie de candor que Baudelaire preconiza en *L'art romantique*, y las mujeres, como Cecilia, que se permitían usarlos pródigamente, necesitaban mantenerse alertas, sonreír, animar el semblante, aproximarse al rosado, al blanco, al azul con que se embadurnaban la cara, o sea apoyar estos recursos en otros igualmente ficticios, pero de tipo subjetivo, nervioso, destinado a dar verosimilitud a los primeros. Esa noche Cecilia no hacía el menor esfuerzo. Estaba distraída, muy lejos de la máscara brillante que ocupaba su lugar junto a nosotros. En eso avisaron por teléfono que Julio no vendría a comer. La máscara continuaba inmóvil, con los codos sobre la mesa, la mejilla reclinada en una mano. Sabía que Julio no vendría a comer. Lo comprendí instintivamente, y comprendí, entre otras cosas, por qué el nombre de Julio acudía, a pesar suyo, a los labios de Cecilia, por qué Julio y Cecilia parecían evitarse y apenas se hablaban en público. «Se hablan a solas», pensé, con una turbación originada en el recuerdo de una pregunta de Cecilia dirigida a mí: «¿Cuándo? ¿En qué momento?». Y ahora me seguía repitiendo la

pregunta. Y sin turbación alguna, malévolo, perspicaz.

## XII

La fiscalía de mi padre estaba de turno en aquel mes de enero y no podíamos salir de Buenos Aires. La noche que Julio comió fuera de casa yo acompañé a Isabel, como de costumbre. Al volver, encontré a Julio que acababa de llegar del instituto y conversaba con mi madre. De los nevados arbustos de tumbergias, semiocultos por la baranda de la escalinata que se abría hasta el jardín, emanaba una fragancia excesiva.

Y el olor de las tumbergias subía hasta mi cuarto, y debió de envolverme en sus efluvios malsanos, narcóticos. Estaba dormido; sin embargo, no perdía la conciencia de mi sueño. Un frío resplandor aclaraba las tinieblas y los muebles salían de la penumbra para ofrecer sus rectas nítidas, sus densos planos grises, a esa tenue y general concomitancia. Recuerdo el intenso alivio que me dio la oscuridad, cuando pude abrir los ojos, y el tul del mosquitero rozándome la cara, cuando pude incorporarme. Me levanté, caminé unos pasos, apoyé un momento el rostro en las persianas de madera, abrí las persianas.

Ahora sentía de nuevo el olor de las tumbergias y sentía bajo los pies, en plena noche, la tibieza de los mosaicos que aún conservaban el sol de la tarde. En la galería, agigantada por la sombra, entraban los árboles de la plaza, cada vez más próximos, y las plantas del jardín, las flores invisibles, mezclaban a mi aliento su exaltado aliento vegetal. Esa noche y otras noches, en el extremo de la galería a donde me obligaba a refugiarme una súbita claridad, veía encenderse dos rombos de colores; después veía entreabrirse las persianas de Cecilia, cesar la claridad; entonces, más que ver, adivinaba una silueta de hombre que caminaba en dirección a la escalera de servicio. Yo la seguía muy despacio, como un genio protector, temeroso de que alguien pudiese descubrirla. Eramos, puede decirse, una sola presencia humana avanzando entre las cálidas corrientes de la noche. Desde arriba, inmóvil, esperaba que la silueta cruzara el jardín para volver a mi dormitorio. Es posible que ambos, simultáneamente, cayéramos en la cama, que un minuto común nos cerrara los ojos y nos hundiera en el sueño.

Ah, esas noches del mes de enero, apasionadas, extrañas. Al día siguiente miraba con asombro la galería, el jardín, los árboles, reducidos a sus límites estrictos, empobrecidos por el sol. Había cierta deliberada inocencia, casi teatral, en el aspecto despreocupado con que me recibían todas las mañanas. La noche ¿no había dejado rastros en ellos? Porque la noche continuaba gravitando en mí. A la noche, irremediamente, me conducían los gestos, las palabras de Julio. Y yo me asociaba a sus gestos, a sus palabras. Una vez, de sobremesa, mientras Julio retenía una mano de mi madre entre las suyas, me sorprendió como la cara de un desconocido mi propia cara, proyectada sobre los vidrios de una puerta, entre las luces del comedor. Bajé los ojos y observé mis manos deformadas por el estudio, nerviosas, demasiado

expresivas, diferentes de las manos de Julio. A partir de entonces, mi apariencia física empezó a molestarme como si fuera un disfraz. Poco a poco aprendí a peinarme y pude hacerme correctamente el nudo de la corbata sin ayuda del espejo. Después de todo, yo era el único sitio desde donde podía prescindir de mí mismo, olvidarme. No me miraba jamás. En cambio, desde el piano del vestíbulo, levantaba los ojos, me contemplaba en el retrato. Me contemplaba atentamente, admirativamente.

¡Qué fisonomía tan franca, tan bondadosa! El mismo retrato parecía asombrado de su duplicidad, o de nuestra duplicidad, como quieran ustedes llamarla. Porque la identificación que ahora existía entre nosotros había hecho ilusoria cualquier tentativa de diálogo. Yo estudiaba, en esa época, una *Sonata* de Prokófiev y mis manos iban y venían por el teclado, en un arduo monólogo.

En la agregación armónica disonante, mientras me dejaba arrebatar por la masa límpida y estridente del sonido, podía distinguir la combinación arbitraria de los acordes perfectos, el empleo sabio e irregular de las apoyaturas y de los intervalos. Pensaba en Julio una y otra vez, en lo que he llamado más arriba su duplicidad. También estaba integrada por muchos sentimientos naturales, perfectos, tomados cada uno separadamente, y que ahora, recordados en ella, percibía como una fuerza avasalladora. Había casi una virtud en afrontar impunemente la virtud, con sus principios bien establecidos y sus fórmulas dogmáticas. Julio, pasada la noche, recuperaba su candor, como los árboles, como el jardín. ¿Acaso los árboles, el jardín, no habían intervenido en el acto de las tinieblas? En su conducta, además, entraba el deseo de no hacer sufrir a mi madre. Engañaba piadosamente a mi madre, se burlaba con desenfado de las torpes maquinaciones de Isabel, lograba vencer a Isabel en su propio terreno, el terreno de la hipocresía. ¿Y no fue el deseo de completar su triunfo, conquistándole la única estima que cuenta para un hombre inteligente, la estima del adversario, lo que me indujo a despertar las sospechas de Isabel? Al principio creí haber obrado por simple distracción. Debo confesar que tengo especial indulgencia con las personas distraídas; sus olvidos y equivocaciones me conmueven, en lugar de impacientarme, y estoy pronto a disculpar a Tiberio Claudio de todos los crímenes (falsos, tal vez) que le imputa Suetonio, por haber preguntado al sentarse a la mesa poco después que hiciera ejecutar a su mujer: «¿Por qué no acude la emperatriz?». Sin embargo, es demasiado sencillo atribuir a la mera distracción mis palabras de esa noche. En estas páginas que escribo me propongo no favorecer jamás mi carácter, ni siquiera con un defecto. Isabel supo contarme que una de las prácticas que más le repugnaron al Padre Jacinto, cuando estaba en el seminario de Flavigny, era una ceremonia a que debían someterse los novicios la noche antes de profesar. El novicio se acusaba públicamente de sus pecados; si omitía alguno en la declaración, aquellos que habían sido sus confidentes, testigos o cómplices, los proclamaban en voz alta y escupían en la cara del culpable. Pues bien, yo necesitaría lectores que conocieran los

motivos de mis actos, lectores clarividentes, justicieros, feroces, casi divinos, que no vacilaran en escupirme si llegara a mentir. Por eso estas páginas serán siempre inéditas. Pero acaso nunca lleguemos a mentir. Acaso la verdad sea tan rica, tan ambigua, y presida de tan lejos nuestras modestas indagaciones humanas, que todas las interpretaciones puedan canjearse y que, en honor a la verdad, lo mejor que podamos hacer es desistir del inocuo propósito de alcanzarla. En fin, ignoro si hablé distraída o deliberadamente, pero en un momento dado, al reincidir Isabel en su tema favorito y observar, con cierta acritud, el alejamiento de Julio por el canto, yo me encontré haciendo unas consideraciones bastante confusas sobre los árboles de la plaza Lavalle (en ese momento la cruzábamos). Pasábamos al lado de los árboles; sin embargo ¡parecían tanto más asequibles vistos por la noche, desde la galería! Por la noche, todas las cosas se aproximaban.

—Pero es de noche —dijo Isabel—. ¿A qué hora te refieres?

Y como llegáramos a un foco de luz, sopló sobre la tapa de un relojito de oro que llevaba colgado al cuello. Se lo acercó a los ojos, insistió:

—Son las once. ¿A qué hora te refieres?

Yo murmuré con una voz sin timbre:

—Después.

Isabel se detuvo. De improviso, agitó el bastón en el aire. Parecía asestar golpes de arriba abajo a un malhechor invisible, parecía loca.

Estaba haciendo señas a un taxímetro.

—Hace demasiado calor para seguir caminando —dijo—. Y cuando llegamos a Cinco Esquinas me besó en la frente, no me dejó bajar:

—Te vuelves en el mismo coche, y en seguida que llegues te acuestas y duermes. No me gusta que digas incoherencias.

## XIII

Terminaba el mes de enero y nos disponíamos a pasar el resto del verano en una quinta que Isabel tenía en Las Flores. Ese domingo fui a conocer la quinta, con Isabel y mi madre. Tomamos un tren de las 8, en Constitución; al cabo de tres horas de viaje, Isabel nos señaló unas casuarinas desde la ventanilla:

—Ahí está la quinta —dijo.

Yo sentí un gran consuelo.

En la estación nos esperaba un break. Otro viaje, esta vez de media hora, hasta pasar bajo las casuarinas que habíamos distinguido desde el tren. Frente a la casa, languidecían unas dalias bajo el sol abrasador. Dentro de la casa se hacinaban camas de fierro, mesas, armarios, sillas. En las paredes se veían grandes rectángulos donde el papel floreado no estaba desteñido, pero todavía ostentaban unos carteles misteriosos y sucios, con versículos en latín. Isabel descolgó un cartel con el bastón.

—Son recuerdos de los curas —dijo.

La quinta lindaba con una residencia de los jesuitas, quienes la arrendaron por seis años e instalaron en ella un seminario. Vencido el contrato, los jesuitas la quisieron comprar, pero no se ponían de acuerdo con Isabel en el precio. Le hicieron varias ofertas. Las negociaciones duraron cerca de dos meses; ya estaban a punto de resolverse, cuando los jesuitas compraron veinte hectáreas, del otro lado de las vías del tren, y desocuparon bruscamente la quinta. En esas veinte hectáreas habían empezado a construir un seminario. Todo esto lo supe por el quintero, un hombre muy expansivo. Yo había empezado a leer en el tren *El perfecto wagneriano*, de Bernard Shaw, después del almuerzo me llevé el libro a la huerta y me acosté a la sombra de los damascos y ciruelos. Los frutales llegaban hasta las vías del ferrocarril. A mi derecha, por encima de las casuarinas, asomaba la cúpula barroca de la iglesia.

De vuelta a la casa encontré a mi madre con un cuaderno sobre las rodillas, escribiendo. Isabel le dictaba una lista de objetos que sería imprescindible traer de la ciudad. Era una lista muy larga.

Después llegó el pintor del pueblo y sostuvo con Isabel una prolija conversación. Se habló, entre otras cosas, de un piano vertical que podría alquilarnos la maestra. Al anochecer subimos en el mismo break que nos había llevado, acompañados por el peón del quintero y varias canastas de fruta. Tomamos el tren. Isabel había hecho reservar un camarote. Mi madre parecía desalentada. La quinta estaba llena de trastos viejos, no había un solo mueble que sirviera, era necesario pintarla, limpiarla, era imposible vivir en ella dentro de siete días. Pero Isabel, a cada objeción de mi madre, contestaba con una monotonía de alienada: «el 1.º de febrero estará lista». Hasta que mi madre se echó a reír e Isabel observó que yo estaba muy flaco y que el clima de Las Flores tendría una influencia dichosa sobre mi salud. No en vano los jesuitas, que

eran hombres tan lúcidos, tan prudentes, habían instalado un seminario en Las Flores. Sí, era un clima ideal para los muchachos flacos y yo, después de pasar una semana en Las Flores, perdería ese aspecto de perro hambriento. La palabra hambriento le debió sugerir la idea de mandarme al vagón comedor. Ellas estaban muy cansadas; comerían un poco de fruta, en el camarote. Además, tenían que hablar de otras cosas. Me destinó una mirada penetrante.

El camarero me condujo a una mesa donde estaban sentados dos jesuitas: uno joven, argentino, moreno, reservado, con anteojos de carey; otro, de más edad, español, locuaz, rubicundo, con el pelo canoso. El jesuita de más edad me saludó amablemente y entró en conversación. Cuando le dije mi nombre, me preguntó si era pariente de la señora de Urdániz: «Es una señora muy católica, gran amiga nuestra». Me ofreció vino. Momentos después se quedaba sorprendido cuando yo, contestando a sus preguntas, lo enteré de que iba al colegio nacional. Le expliqué que Isabel se había resignado a enviarme a un colegio laico porque yo necesitaba las tardes libres para estudiar el piano. Insistí en lo abstruso del problema, pero el jesuita joven intervino con aire autoritario y dijo que no había tal problema, porque en El Salvador tenían un excelente profesor de música, el Padre Atienza, y aunque me obligaran a ir a clase mañana y tarde, yo siempre encontraría un momento para estudiar el piano en el colegio mismo. El jesuita de más edad endulzó las palabras de su compañero, agregando que la música no era incompatible con una educación piadosa. Él hablaría con Isabel sobre el asunto. Y me llenó la copa de vino. Con el movimiento del tren, que marchaba a gran velocidad, la lámpara eléctrica que nos alumbraba se fue deslizándose hasta el centro de la mesa y estuvo a punto de volcar mi copa. Entonces yo saqué del bolsillo *El perfecto wagneriano* y lo puse delante de la lámpara, para impedir que se moviera. El jesuita joven tomó el libro, miró el título y se lo pasó al de más edad, sin decir una palabra; éste lo puso de nuevo junto a la lámpara, lamentando que al sobrino de la señora de Urdániz lo complaciera la literatura protestante. Pero yo le expliqué que Bernard Shaw no era inglés, sino irlandés, y agregué que era un autor piadoso, un defensor de la iglesia católica. El jesuita de más edad pareció satisfecho y me dijo que aunque hubiera sido inglés no importaba, porque la Iglesia tenía amigos en todas partes del mundo. Cuando acabamos de comer, los dos jesuitas se levantaron. El de más edad me regaló una medallita de San Luis Gonzaga, patrono de los jóvenes, recomendándome que conservara mi pureza y le rezara todas las noches. «Muy pronto —dijo— tendrás noticias mías». Quise leer, pero al cabo de un momento observé que en los cristales de la ventanilla se reflejaba el vacío rosado de la lámpara, un brazo, la mano, el libro. Entonces, armándome de valor, resolví mirarme a la cara. Soy Delfín Heredia, pensé. No lo puedo negar.

Tenía las mejillas ardientes.

Llegamos a casa después de las once; nadie nos esperaba. Fatigado por el día de

campo, por el vino del tren, me dormí en seguida y soñé con la quinta de Las Flores. En el sueño, mi madre, seducida por las excelencias de la quinta, quería que nos fuésemos esa misma noche. Yo protestaba: «Pero en el tren decías todo lo contrario». «Isabel me ha convencido», contestaba mi madre. Yo le rogaba que esperásemos hasta mañana porque estaba muy cansado para levantarme. «No, ahora mismo», contestaba mi madre; como le replicara que no había tren: «No importa, iremos en el coche de caballos; los caballos, aunque no parezca, son muy veloces. Nos acompañan Isabel y tu profesor de piano». «¿Lo llevamos a Núñez?», le pregunté. «¿Quién habla de Núñez?», me contestó mi madre. «¡Tu nuevo profesor de piano, el Padre Atienza!». Yo le pregunté si estaba loca, y mi madre me contestó que el loco era yo, para faltarle de esa manera al respeto, pero ella me disculpaba porque comprendía que aún no estaba despierto.

Un rayo de luna se filtraba por las persianas. Oí pasos en la galería y la voz de mi madre:

—Cecilia, ¿estás despierta?

Giró una llave y se abrió la puerta de mi dormitorio que comunicaba con el cuarto de baño. Entonces vi pasar a Julio, lo vi detenerse durante un instante, de perfil contra el fondo gris claro de las persianas de madera. Después caminó unos pasos, abrió la otra puerta que daba a la escalera de servicio y la cerró suavemente tras de sí.

Me levanté al cabo de un momento, moví muy despacio la falleba de las persianas. En el extremo de la galería me sorprendió una especie de cascada de agua muy blanca que saltaba por los cristales abiertos y corría por el suelo. Era el batón de puntillas de mi madre.

Estaba de espaldas, con la cabeza hundida entre los hombros, en el mismo sitio y a la misma hora en que yo me apostaba todas las noches hasta que Julio cruzaba el jardín.

## XIV

El sudor me corría por la espalda mientras hacía ejercicios de sextas y terceras, o tocaba con una rapidez antimusical, inverosímil, los pasajes más veloces de la *Sonata* de Prokófiev. Con el estrépito del piano lograba sofocar el ruido de la casa; a veces, al descansar un momento y mirar a mi alrededor, descubría que habían desarmado una biblioteca del vestíbulo o se habían llevado los sillones. En ese desorden general, entre tantas otras cosas, flotaron los baúles mundos de Cecilia y sus cajas de sombreros. Nuestra amiga se fue una tarde, dejando entrever que volvería muy pronto. María Alberti había llegado del Brasil. Cecilia iba a pasar el verano con ella, en una estancia del sur de Córdoba.

En la mesa había dos asientos vacíos, porque Julio almorzaba y comía fuera de casa. Por las tardes, cuando llegaba del instituto, permanecía encerrado en su laboratorio hasta el momento de salir.

Mi madre andaba de un lado a otro, vigilando los últimos preparativos de nuestro viaje. A la hora de comer hacía esfuerzos visibles para responder a las atenciones que Isabel tenía con ella, y me conmovía la gravedad de sus ojos que no participaban en sus sonrisas de agradecimiento. Tenía esa mirada fija de las personas que no duermen, y estaba más pálida, más hermosa que de costumbre. Su voz, sus actitudes, habían adquirido una dignidad melancólica que se avenía con sus rasgos físicos. Yo me reprochaba su belleza y buscaba un refugio en el piano. Necesitaba confesar mi culpa de algún modo, liberarme, impedir que al amparo del silencio continuase germinando en mi alma como un fermento en un vaso cerrado. Sí, buscaba inútilmente un refugio en el piano. Ya no me bastaba la música, ese monólogo estéril frente al retrato.

Al día siguiente nos íbamos a Las Flores. Esa tarde subí al departamento de Julio y pasé directamente al dormitorio. Observé la estrecha cama y el mosquitero atado a los barrotes blancos, que la hacía parecer más estrecha aún. En la cabecera, enganchada a un crucifijo, se veía otra cruz, hecha con una palma verde, y ya un poco amarilla, de esas que se reparten en los atrios de las iglesias el domingo de ramos. Sobre la cómoda, tras los frascos, los cepillos y un retrato de mi madre, se alineaban varias copas de metal plateado. Pensé que Julio, cuando tenía mi edad, estaba interno en un colegio de Ramos Mejía, y pensé que en las bibliotecas del cuarto contiguo, entre tantos libros de ciencia, la literatura estaba representada exclusivamente por varios tomos que contenían las aventuras completas de Sherlock Holmes. Hasta entonces, deslumbrado por los certificados de estudio y los diplomas de honor que agobiaban las paredes de ese cuarto, y por las ratas, las damajuanas de agua, los frascos y las balanzas del laboratorio, no había reparado jamás en el dormitorio de Julio. Ahora, con cierto asombro un poco estúpido, comprobaba que había una cama,

dos cruces, una cómoda, un retrato de mi madre, y seis, siete, ocho copas de metal plateado. Abrí un placard y contemplé a poca distancia del suelo, sobre dos barrotes colocados a diferente altura, una cantidad impresionante de zapatos distendidos en sus hormas y cuidadosamente lustrados. Pero pude ver por el balcón la silueta de Julio que atravesaba el jardín. Tuve tiempo de cerrar el placard y pasar al laboratorio.

Había resuelto esperarlo allí. Vacilé, pensé que sería mejor ocultarme tras los armarios de las ratas, deslizarme fuera cuando Julio hubiera pasado a su dormitorio y sólo entonces aparecer, como si llegara en ese momento. Pero Julio (yo lo veía por una hendija que había entre los armarios de las ratas) pareció observar con mal humor que la puerta estuviera abierta; la cerró violentamente, echó llave a la puerta. Ya no era cuestión de tener esa tarde una entrevista con Julio, esa tarde ni otra tarde, por lo menos hasta pasado el verano. Me resigné, pues, a esperar que Julio se fuera para irme yo también. Digo mal me resigné: la verdad es que me adapté jovialmente a la nueva situación. Así como algunas personas emplean todas sus energías en resistirse a las circunstancias, yo estoy siempre dispuesto a facilitarles la tarea. Me abandono a ellas, me dejo vencer por ellas —con entusiasmo, con lirismo. Soy amigo de las circunstancias.

Esa tarde los remordimientos me habían conducido al laboratorio de Julio. Me movía un deseo imperioso de mortificación, de expiación. Recordaba nuestros diálogos musicales de otra época, y esperaba que de una entrevista con Julio saldría purificado como de las aguas de un milagroso Jordán. Ahora no íbamos a conversar, sino a confesarnos. Rivalizaríamos en humildad, en clarividencia. Y el perdón de nuestras culpas llegaría después de habernos juzgado, el uno al otro, con la máxima severidad.

Un gesto de esta clase excluye toda deliberación. Necesita ser espontáneo, incontenible. Ya no lo era, no podía serlo. Entonces, como me sucede siempre que acato el ritmo de las cosas, paso de un estado de ánimo al opuesto y abandono sin nostalgia el proyecto acariciado en largas horas de meditación, comprendí que obedecía a razones más profundas que a encontrar ese gesto inadecuado en quien ha permanecido escondido durante cinco minutos y sale vergonzosamente, por temor a que lo descubran, tras de dos grandes armarios llenos de ratas. De los hechos que me atormentaban sólo podía librarme por los hechos mismos que traerían su propio antídoto, su virtud exorcizante y purgativa. En el mejor de los casos, la confesión imaginada hubiera sido ineficaz.

Hacía estas reflexiones mientras se adueñaba de mi alma el personaje identificado con Julio. Mañana, pensaba, nos vamos a Las Flores y aquí queda el retrato. Pasaré dos meses, tres meses sin verlo. Tengo derecho a contemplarlo esta tarde. Entregado a mi función de espectador, hasta llegué a olvidarme de ser espectador para no tener conciencia sino de ese hombre alto y rubio, parado frente a mí, que observaba con

fastidio una puerta y en el cual estaba yo encarnado, quizá por última vez. Lo vi desaparecer en el dormitorio, oí el ruido del agua que caía en la bañera y el ruido de sus pasos que hacían crujir los tablones del piso, esos pasos blandos, torpes, confiados, de las personas que andan desnudas entre cuatro paredes, sin sospechar que las miran. En efecto, cuando Julio entró al laboratorio estaba desnudo y llevaba en la mano la camisa que se acababa de quitar. Al sentarse, se refregó la camisa por las axilas y la tiró lejos. Así, ante su mesa de trabajo, abstraído, sudado, escultórico, ligeramente obeso, repugnante, se puso a tallar con el cortaplumas el minúsculo cráneo de una rata. La carne húmeda, en contacto con el cuero de la silla y la dura superficie de la mesa, así como el vello lustroso que a uno y otro lado le acentuaba el modelado del pecho, contribuían a darme esta sensación de repugnancia. Después le vi buscar a tientas un cigarrillo en una lata cilíndrica; lo encendió, le dio varias pitadas, lo dejó en el cenicero. Se levantó, pasó a mi lado. Era imposible que no me descubriera, pero en ese momento me pareció muy natural, a tal punto había conseguido olvidarme de mí mismo. (La repugnancia que señalo más arriba, y que pocas veces me inspiran los otros, a menudo la siento por mi propia persona). En fin, es el caso que Julio pasó a mi lado sin verme y yo lo vi pasar sin ningún sobresalto. Sacó de la heladera una jarra con agua, un pedazo de hielo, dos limones. Buscó un vaso, un azucarero. Cortó el hielo y los limones con el mismo cortaplumas con que había estado puliendo el cráneo de la rata, exprimió los limones, echó agua, hielo y azúcar en el vaso. En ese momento llamaron a la puerta.

—Ya va —dijo Julio.

Desapareció, cesó el ruido del agua en la bañera. Al cabo de un instante lo vi avanzar en pijama y zapatillas.

## XV

Mi madre entró al laboratorio y se detuvo a pocos pasos de la puerta.

—He venido a despedirme —dijo.

Julio exclamó:

—¿A despedirme?

—Nos vamos mañana.

Julio la tomó en los brazos, la besó. Mi madre ladeaba la cara para evitar sus caricias, pero él la obligó a sentarse y empezó a decirle que tenía el propósito de verla esa misma noche, que nunca la hubiera dejado partir sin una palabra de adiós. Esta afirmación estaba desmentida por su actitud de la última semana y por su asombro reciente, cuando mi madre le anunció nuestro viaje. Y la repugnancia que yo había sentido un momento antes, se apoderaba nuevamente de mí. Descubría en Julio un aspecto blando, equívoco. ¿Cómo podré expresar la ternura de su acento, las vibraciones ficticias de su voz? Ahí estaba, halagando a mi madre, echando mano de esos recursos inescrupulosos, poco viriles, que son, sin embargo, un índice de virilidad, porque el hombre sólo puede adquirirlos mediante un largo aprendizaje con las mujeres. Mi madre se puso de pie.

—Cuando estemos de vuelta, a principios de abril, no quiero encontrarte en esta casa.

Julio levantó la cabeza; balbuceaba.

—Te pido perdón. Cecilia era tu amiga.

Mi madre lo interrumpió, colérica:

—No me importa que tuvieras amores con Cecilia. Eso es asunto de ustedes.

Se había vuelto a sentar, había cruzado los brazos. Yo le veía los dedos largos, nerviosos, con un anillo que conocía perfectamente bien.

—No pensaba que fueras capaz de simular, de calcular. En Delfín, que es hijo mío, un proceder semejante me habría ofendido menos.

Y yo comprendía, al escucharla, que mi madre había subido al laboratorio para convencerse de que existía un Julio a quien su propia conducta había dejado tan ultrajado como a ella. ¿No somos, acaso, las primeras víctimas de nuestros actos? ¿Y qué otra cosa hacemos, al juzgarlos con severidad, sino salir en nuestra defensa? De ahí que haya siempre algo irrisorio en un hombre que pide perdón. Sólo a él le incumbe perdonarse, y el perdón es subsiguiente a esa mirada escrutadora que mide, paso a paso, la distancia que ha debido franquear hasta cometer el hecho que se le imputa. Ahora, fuera de sí mismo, desde la exacta perspectiva que da el alejamiento, añora su ya perdida integridad moral. Es verdad que aún puede recobrarla, dolorosamente.

Reflexionaba en medio de una gran exaltación. Y la exaltación, que me permitía

discernir con acuidad mis sentimientos, me descorazonaba ante la idea de formularlos. Entonces, como sucede en esos casos en que parecemos ceder la palabra a un enemigo cuyo único objeto es expresar exactamente lo contrario de lo que sentimos, escuchaba la voz de Julio, más que nunca mi propia voz y, a la vez, tan indiferente, tan ajena a mi estado de ánimo como las ratas que oía removerse en los armarios, arañar las mallas de alambre o golpear con sus gruesas colas los estantes de madera.

—Una vez más, te pido que me perdones.

Y mi madre:

—Pero Julio, no tengo nada que perdonarte. Si deseo que no estés en la casa cuando nosotros volvamos, es porque no quiero verte tal cual eres. En realidad, no me has engañado. Yo misma me he engañado. Desde chico, pensaba que tendrías otros defectos, pero que nunca serías un hipócrita. Gracias a ti, había conseguido librarme de una rebelión constante en que he vivido contra la mentira. Te creía limpio de corazón, leal. Te creía mi hijo. Y ahora descubro, sencillamente, que eres el hijo de Antonio, el sobrino de Isabel. Eres idéntico a Isabel, eres idéntico a los Heredia. Ni siquiera eso, ni siquiera tienes las cualidades de tus defectos. Porque los Heredia, después de todo, comprenderían mis reproches, son sensibles. Tú no comprendes.

Y mi madre pareció aliviada al decir que Julio no tenía ninguna de las cualidades de los Heredia. Por sus ojos pasó una luz de simpatía, casi de ternura, cuando Julio le contestó con las únicas palabras que yo hubiera pronunciado en su lugar:

—Pero entonces ¿qué quieres que haga? ¿Que me mate?

—Adiós —le dijo mi madre—. Haz de cuenta que no te he dicho nada. Quédate tranquilo.

Y todavía, antes de cerrar la puerta, volvió a decir:

—Hasta el mes de abril pueden suceder muchas cosas. Quédate tranquilo.

Julio no se levantó para acompañarla, y se puso a remover el vaso con limón exprimido que había sobre la mesa. Aún quedaba un pedazo de hielo; la cucharilla lo hacía chocar alegremente contra el vidrio. Yo aparecí en ese momento.

Julio me observaba. Poco a poco, el estupor de los primeros segundos fue cediendo ante una furia que iluminaba todo su rostro. Nunca he visto un rostro a tal punto inspirado por la furia. A veces lo tenía muy cerca del mío, y cuando una metralla de insultos, al cegarme, me privaba de su resplandor, con una mano me tomaban del cuello de la camisa y el rostro se acercaba de nuevo. Y a la par que mi abyección, yo sentía su grandeza, su terrible grandeza, su brillo sobrenatural, y le iba dictando, uno tras otro, los mismos insultos que me dirigía. Al fin me tumbaron de un puñetazo en el sillón donde estuvo sentada mi madre. El rostro pareció alejarse. Julio lanzó una carcajada insolente:

—Ahora puedes irte a tocar el piano, y a contárselo a Isabel.

Se aproximó el vaso a los labios, pero vaciló, lo volvió a dejar sobre la mesa y me dio la espalda. Yo me cubría la cara con las manos, gimiendo. Me sentía castigado a la vez que apaciguado, y recuerdo que tuve la sensación de apaciguarme del todo cuando tomé un frasco (lo había observado por entre los dedos, un momento antes, mientras me cubría la cara con las manos), levanté el tapón y eché en el vaso la mitad de su contenido. Después me volví a cubrir la cara, continué gimiendo. Mis sollozos, posiblemente, atrajeron la atención de Julio.

—¿Todavía estás ahí? —vociferó—. ¡Querrás irte de una vez por todas!

Y me fui, dejándolo entregado a la tarea de pesar sus ratas que se quedaban sobre la mesa, muy tranquilas, esperando turno para subir a la balanza.

Una de estas ratas bajó las escaleras, atravesó el jardín y llegó a la cocina. Cuando subieron a encerrarla en el armario, encontraron a Julio de bruces en el suelo, junto a su mesa de trabajo.

Se había envenenado con una solución de aconitina al diez por ciento.

# Notas

[1] A esos tres géneros, el doctor Rodríguez Larreta ha añadido un cuarto: la novela dialogada. En el prefacio, invoca (inexplicablemente) el nombre de Shakespeare; olvida (inexplicablemente) el nombre de «Gyp». <<

[2] Está incluida en el volumen *Du sacerdoce au mariage* (Rieder, París, 1927). <<

[3] Isabel discrepaba con el padre Jacinto a propósito de si éste había o no contraído un matrimonio cristiano, pero nunca le negó su ayuda pecuniaria. Albert Houtin, en el segundo de los tres volúmenes de su erudita apología (*Le Père Hyacinthe, réformateur catholique*. París, 1922), la menciona entre «los benefactores anónimos que sostuvieron generosamente la primera iglesia católico-galicana de París». <<

[4] «Las muy interesantes pero aventuradas investigaciones sobre el vanadio y el aluminio que ha emprendido el Dr. Julio Heredia, de Buenos Aires». <<

[5] «Bajo cierto aspecto y en cierta medida, los experimentos bioquímicos que ha hecho el Sr. Julio Heredia, el joven sabio argentino, para demostrar la influencia del aluminio en las enfermedades de los huesos y del intestino, no carecen, quizás, de una relativa importancia». <<